

Los ceretanos y la iberización del Pirineo oriental (s. IV-III a. n. e.). Una nueva aproximación histórica y arqueológica*

The *Ceretani* and the iberization of the Oriental Pyrenees (4th-3rd c. BC). A new historical and archaeological approach

Joan Oller Guzmán¹

Jordi Morera Camprubí²

Oriol Olesti Vila³

Dpto. Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana, Universitat Autònoma de Barcelona

Oriol Mercadal Fernàndez⁴ †

Museu Cerdà, Puigcerdà

RESUMEN

Los trabajos arqueológicos desarrollados en la Cerdanya (Pirineo Oriental) en los últimos 15 años han permitido por primera vez definir la entidad del pueblo de los *Cerretani*, comunidad brevemente mencionada por los autores greco-romanos. Características como su origen, su filiación cultural, y sus peculiares pautas territoriales y económicas, han sido identificadas a partir del estudio de algunos de sus principales yacimientos. Se trata de una etnia con un claro componente montañoso y ganadero, pero que llegó a desarrollar un interesante sistema de *oppida* y un sorprendente *corpus* epigráfico rupestre.

SUMMARY

The archaeological works developed in the Cerdanya region (Eastern Pyrenees) in the last 15 years have made possible the identification of the *Cerretani*, a community briefly mentioned by Greco-Roman authors. Characteristics such as its origin, its cultural affiliation, and its peculiar territorial and economic patterns, have been identified for the first time from the study of some of its main sites. It is an ethnic group with a clear mountain and livestock component, who developed an interesting *oppida* system and an amazing rock epigraphic corpus.

* Proyecto MINECO HAR2013-41629-P, "Paisajes de la Hispania Romana: de la diversidad a la complementariedad" y "Paisatge i Territori Antic a la Cerdanya (PATCA)", Generalitat de Catalunya.

¹ joan.oller@uab.cat / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-5002-4914>.

² jordi.morera@uab.cat / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-6425-2627>.

³ oriol.olesti@uab.cat / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-2184-5312>.

⁴ Debemos lamentar la reciente muerte de nuestro compañero Oriol Mercadal, pieza clave de la arqueología pirenaica y referente humano y científico de este equipo. Sirva este artículo de modesto homenaje a nuestro querido amigo

PALABRAS CLAVE: ceretanos; Pirineos Orientales; iberización; trashumancia; *oppidum*; Castellot de Bolvir.

KEY WORDS: *Ceretani*; Oriental Pyrenees; iberization; transhumance; *oppidum*; Castellot de Bolvir.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Oller Guzmán, J., Morera Camprubí, J., Olesti Vila, O. y Mercadal Fernàndez, O. 2018: "Los ceretanos y la iberización del Pirineo oriental (s. IV-III a. n. e.). Una nueva aproximación histórica y arqueológica". *Archivo Español de Arqueología* 91: 183-204. <https://doi.org/10.3989/aespa.091.018.009>

1. INTRODUCCIÓN

En el complejo mapa étnico y político de las comunidades indígenas del nordeste peninsular el área pirenaica era, hasta hace poco tiempo, una de las peor documentadas, tanto por la escasez de fuentes literarias antiguas como por la falta de trabajos arqueológicos en extensión y con suficiente continuidad. Sin embargo, los trabajos realizados por nuestro equipo en los últimos 15 años en la comarca de la Cerdanya, solar central del pueblo de los *Cerretani*, han empezado a revertir esta situación, permitiendo analizar el proceso de etnogénesis e iberización de esta comunidad a la luz de nueva documentación, tanto arqueológica como epigráfica. Se trata especialmente de los datos obtenidos en las excavaciones desarrolladas en dos yacimientos de la comarca, el Castellot de Bolvir y el Tossal de Baltarga, así como del ingente *corpus* de inscripciones ibéricas rupestres de la Cerdanya publicadas recientemente (Campmajó 2012; Ferrer 2015b), con más de 1400 signos docu-

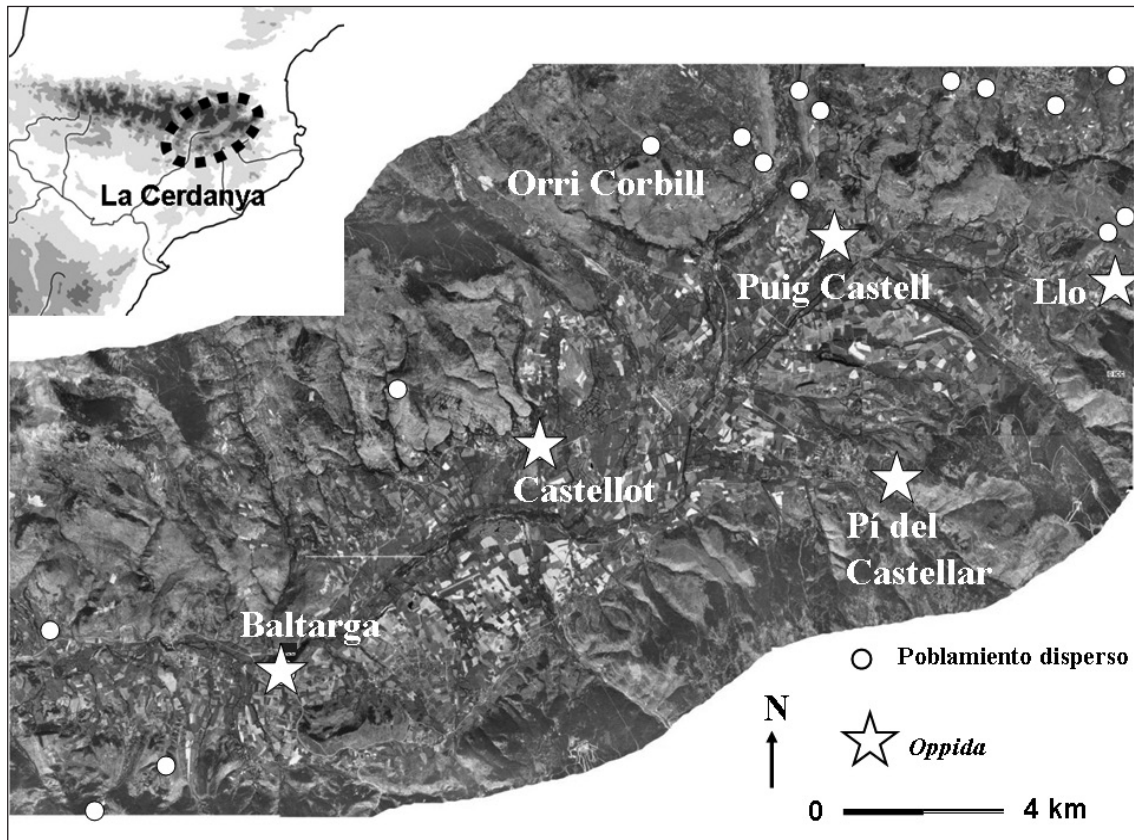


Figura 1. Mapa de situación de los principales yacimientos mencionados en el texto.

mentados. Estos nuevos trabajos, que se exponen por primera vez de manera conjunta en este artículo, han permitido reinterpretar algunos datos procedentes de trabajos anteriores y reelaborar el discurso histórico que analizaba la formación y evolución cultural de los Ceretanos, así como sus relaciones con otras comunidades ibéricas vecinas. En el contexto actual, no puede dudarse de que se trata de una comunidad política proto-urbana, de filiación ibérica y que participó activamente en algunos de los episodios históricos de finales del s. III a. n. e.

2. LOS DATOS HISTÓRICOS

La ubicación de los Ceretanos en la actual Cerdanya se basa en la continuidad del topónimo, bien documentada desde la Antigüedad hasta la Edad Media, incluso durante la breve ocupación islámica (Artica 2015). La Cerdanya es una región ubicada en la parte central de los Pirineos Orientales, vertebrada por el río Segre, cuyo curso determina un amplio y fértil valle con potentes montañas que lo delimitan. A

diferencia de los otros valles pirenaicos, éste mantiene una orientación nordeste-sudoeste, lo que le permite comunicar las comarcas leridanas del interior catalán con los territorios costeros del sureste francés. Además, la comarca es limítrofe con la cabecera de los ríos Aude y Ariège, con lo que puede considerarse una verdadera *plaque tournante* pirenaica. Se trata pues de un pueblo que habitaba territorios elevados, desde la zona más llana (aproximadamente a unos 1110 m de altura) hasta las cotas más altas, que pueden alcanzar los 3000 m de altura, donde el hábitat debió ser temporal y vinculado al estiaje del ganado (Fig. 1).

Las fuentes literarias nos ofrecen algunas referencias difusas, y a veces contradictorias, sobre su ubicación y filiación cultural. Así, autores que parecen recoger fuentes de los s. VI o IV a. n. e., como Avieno (*OM* 549-552) o Esteban de Bizancio (*Ethnika*, 6), los consideran una etnia diferenciada de los iberos. En cambio, para Estrabón (*Geogr.* 3.4.11) o Plinio (*N.H.* 3.3.11-22) los ceretanos eran un pueblo de estirpe ibérica, que ocupaba diferentes valles pirenaicos, limitando hacia el oeste tan sólo con los vascones. El propio Estrabón (*Geogr.* 3.4.11) y Marcial (*Ep.*

13.54) hacen referencia a los excelentes jamones que elaboraban, todavía prestigiosos a principios del s. IV d. n. e. (*Edictum de pretiis*, 4, 1, 8); mientras que Ptolomeo (*Geogr.* 2.6.68) habla de su capital, *Iulia Libica*, y Plinio (*N.H.*3.3.11-22) nos informa de su estatuto latino (Olesti y Mercadal 2005; 2017). Quizás una fuente poco valorada, pero muy interesante, es Silio Itálico (*Pun.* 3, 357), quién resalta cómo los ceretanos se unieron al ejército de Aníbal en su expedición contra Roma y menciona sus *Tyrinthia castra*, que si bien ha sido considerada una referencia puramente literaria, no podemos descartar que tuviera algún trasfondo más real, como luego veremos (Olesti *et alii* 2017: 18).

A tenor de estos datos, y dada la ausencia de elementos arqueológicos propiamente ibéricos, la historiografía había considerado a los Ceretanos como un pueblo aislado, poco permeable a influencias y cambios, que tras una dinámica fase Bronce Final – Hierro I (s. IX-VIII a. n. e.) no participaría en los cambios sociales y económicos que desembocaron en la eclosión del mundo ibérico, perdurando hasta la romanización unas pautas territoriales, económicas y sociales propias del Bronce Final. Siguiendo esta visión, la iberización de la Cerdanya sería un fenómeno tardío, incorporado sólo a partir del contacto con las grandes potencias mediterráneas a finales del siglo III a. n. e. y que podía considerarse hasta cierto punto exógeno (Campmajó y Padró 1978; Rico 1997).

Frente a esta visión, las excavaciones arqueológicas en extensión que hemos desarrollado en la comarca, en el Castellot de Bolvir desde el año 2006 y en el Tossal de Baltarga desde el 2011, han supuesto un importante punto de inflexión, mostrando un proceso de transformación territorial y de iberización cultural que se habría iniciado mucho antes, ya a inicios del siglo IV a. n. e., y que concluyó con la génesis de una sociedad proto-urbana equiparable a la de otros territorios del nordeste peninsular. Veamos los principales datos de este proceso.

3. LOS PRECEDENTES. LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO EN LA Cerdanya

Frente a una etapa del Bronce Final con escasos datos, es muy a finales de este periodo —y ya durante el Primer Hierro— que se documenta en el área cerdana un notable incremento de yacimientos, todos ellos de modesta entidad: cabañas aisladas o en pequeños grupos, ocupación de cuevas y abrigos y algunos espacios funerarios. Debemos situar esta eclosión a principios del primer milenio a. n. e., cuando se ocupa progresivamente y de una manera

generalizada la media montaña y las pequeñas colinas del piedemonte y la llanura, además de continuar su eventual y/o temporal estancia en las cuevas, abrigos y cabañas de alta montaña. De este período contabilizamos 100 yacimientos arqueológicos, 35 en los que se han realizado sondeos o excavaciones arqueológicas y 65 conocidos tan sólo por la presencia de materiales superficiales. Del total, 67 corresponden a asentamientos de hábitat, de los cuales 38 se localizan al aire libre, mientras que 29 se sitúan en cuevas o abrigos, siendo lugares de habitación o funerarios de manera indistinta. Es destacable el conjunto de asentamientos que ocupan el llano, de manera ya permanente y no temporal, ubicados en zonas muy concretas: en lo alto de las pequeñas colinas periféricas del valle, en los contrafuertes del piedemonte, en las terrazas avanzadas que dominan el valle cerdano o en las elevaciones que controlan vías importantes de comunicación. Estos yacimientos, cuando se han podido identificar estructuras y no sólo materiales en contextos secundarios, corresponden a pequeñas agrupaciones de cabañas que forman un hábitat permanente de tipo suprafamiliar. Tienen unas dimensiones que no sobrepasan los 3.000 m² en el mejor de los casos (Sant Feliu de Llo, Campmajó 1983) y no presentan murallas. Las estancias estarían construidas con materiales perecederos, a base de elementos vegetales y arquitectura de tierra, con eventuales refuerzos en piedra y sin una disposición organizada de tipo urbanístico. Sabemos, a partir de los estudios de restos vegetales y paleoambientales, que estos modestos establecimientos explotaban las tierras agrícolas del valle, donde es posible ubicar algunas pequeñas granjas o almacenes vinculados a la producción de los campos, lo que evidenciaría una compleja organización de las tierras bajas de la Cerdanya ya en este periodo (Rendu 2003; Martzluff *et alii* 2014: 170).

También en este momento se percibe una importante ocupación de la franja de solana (es decir, de la mitad norte del valle) entre los 1300 y los 1650 m de altura. Esta presencia, además de las cuevas, buscará los abrigos para protegerse, conformando pequeños núcleos de casas adosadas de tipo familiar, muy probablemente relacionados con la economía pastoril. Finalmente, la red de asentamientos queda completada con las cabañas ubicadas en las cotas altas, alrededor de los 2000 m. Son construcciones de una sola habitación, aisladas, con zócalos de piedra y realzado a base de tierra, normalmente adosadas también a abrigos. Están estrechamente vinculadas a la ganadería y más concretamente a la trashumancia vertical, como espacios de ocupación estacional, aunque recientes trabajos en el área del Carlit han

identificado algunos suelos agrícolas a esta altura, en una sorprendente agricultura de alta montaña (Harfouche y Poupet 2013).

De todos modos, son las formas cerámicas y los tipos decorativos los que, sin ninguna duda, caracterizan y singularizan el Bronce Final – Primer Hierro cerdano (Campmajó 1983; Campmajó *et alii* 2014: 137 y ss.). A partir del siglo IX a. n. e. se consolidan unas formas decorativas genuinas y propias del territorio que coparán las estratigrafías hasta el siglo V a. n. e. Por lo que respecta a las decoraciones, es característica de este momento la conocida como *décor cerdan*, consistente en grandes incisiones en forma de espina de pez o de espiga en buena parte de la superficie externa de las piezas. Este tipo decorativo, con claros paralelos en el cercano grupo cultural de Merlès, en el vertiente sur de los Prepirineos, tuvo su máxima expansión en los siglos VIII-VII a. n. e. y parece que su presencia empezó a descender a partir de los siglos siguientes. También son de este periodo los acanalados en la parte interna, las unguilaciones, impresiones y digitaciones por todo el cuerpo, la multiplicidad de cordones aplicados en la misma pieza, la decoración geométrica de tipo mailhaciense, y la decoración del borde de la pieza, normalmente con impresiones.

Por lo que respecta a la economía, se basaría en unos modelos de producción notablemente autárquicos (la escasez de productos importados, que no inexistencia —por ejemplo son notables los objetos de bronce—, parece ir en esta línea). Este modelo estaría caracterizado por el desarrollo de actividades agroganaderas mixtas en las que la explotación de la gran llanura cerdana y de las terrazas elevadas se combinaría con el cultivo de forrajes y la trashumancia vertical. Esta es una actividad centrada especialmente en los bóvidos y ofrecería unas dinámicas estacionales según las cuales a partir de la primavera se subiría a las estaciones altimontanas, aprovechando los pastos de altura, para bajar a la planicie a partir del otoño y pasar el invierno con el forraje del llano. En el asentamiento de Llo, por ejemplo, los bóvidos representan más del 50% de los restos faunísticos documentados, pudiéndose identificar las prácticas pastorales verticales con esta especie (Colominas y Saña 2014: 565 y ss.), tal como sucede de forma general en los Pirineos catalanes a partir de las últimas etapas del Bronce Final (Albizuri *et alii* 2011: 24). Ciertamente, durante la primera mitad de milenio se documenta en la Cerdanya un gran aumento de la explotación pecuaria, que coincide con la máxima superficie deforestada, bien identificada en los estudios paleo-ambientales (Rendu 2003; Gallop 2005).

4. LOS CERETANOS Y EL PROCESO DE IBERIZACIÓN

Esta potente fase de la Primera Edad del Hierro finaliza de manera algo abrupta hacia finales del s. V a. n. e., con el abandono de buena parte de estos yacimientos dispersos y una concentración del poblamiento en un grupo más reducido, precisamente los que caracterizarán el poblamiento ya propiamente ceretano. De los 67 yacimientos conocidos se pasa a 25, abandonándose especialmente los pequeños enclaves, como los abrigo de media montaña. Destacaríamos los ejemplos bien excavados del Pla del Menhir de Eyna (Bousquet *et alii* 2014: 120), l'Avellanosa de Targassona (Campmajó *et alii* 2014: 133) o el del Pla de la Creu de Bolquère (Vial 2009: 68). En ninguno de estos asentamientos el horizonte de abandono es posterior al siglo V a. n. e. No se trata de un fenómeno de contracción económica y demográfica, como se había propuesto, sino de un proceso muy profundo de reasentamiento poblacional y de transformaciones sociales, que se refleja en un intenso cambio de las pautas de poblamiento y, en definitiva, en una nueva territorialidad. La aparición del *oppidum*, a finales del siglo V o principios del IV a. n. e., confirma la consolidación de este nuevo modelo. No creemos casual que sea precisamente en torno a estas cronologías cuando los ceretanos son mencionados por primera vez en las fuentes antiguas. Nuestras recientes excavaciones en el *oppidum* del Castellot de Bolvir y en el Tossal de Baltarga han permitido documentar la génesis, y la entidad, de esta nueva sociedad ceretana, sin paralelos en ninguna otra área pirenaica. Se trata de una comunidad política con un fuerte carácter montañés, pues no olvidemos que el Castellot, ubicado a 1140 m de altura, es por el momento el *oppidum* conocido ubicado a más altitud en todo el nordeste peninsular.

4.1. EL CASTELLOT DE BOLVIR (BOLVIR DE Cerdanya)

El Castellot de Bolvir se ubica en una suave terraza avanzada sobre el gran llano aluvial, de apenas 30 m de altura, en una posición central en el valle de la Cerdanya (Morera *et alii* 2014; 2016; Olesti *et alii* 2011; Olesti 2014). La elevación presenta unos márgenes abruptos en tres de sus vertientes y controla el paso de las tradicionales vías de comunicación de la región: el río Segre, a unos centenares de metros al sur, y el camino real medieval, siguiendo probablemente la antigua calzada romana, justo al norte (Fig. 2). El yacimiento fue localizado a finales de los años 80 a través de la recuperación de cerámicas en superficie, pero no fue hasta el año 1991 cuando Oriol Olesti y



Figura 2. Imagen aérea del Castellot de Bolvir.

Oriol Mercadal dirigieron una campaña de sondeos en el yacimiento, confirmando la presencia de estructuras y materiales de época iberorromana. No obstante, la investigación en el Castellot no se reanudó hasta el año 2006, cuando se iniciaron nuestros trabajos. En la actualidad se ha excavado aproximadamente un 25% del yacimiento, y se han podido establecer cuatro horizontes de ocupación. El primero corresponde al Bronce Final – Primer Hierro, escasamente documentado. El segundo corresponde al *oppidum* ceretano. El tercero debe datarse en los s. II-I a. n. e., cuando se reformó el poblado, adaptándose a la presencia romana. Finalmente, el cuarto y último corresponde a una fase altomedieval, de los siglos X-XII, en el que se ubica un nuevo poblado fortificado. De estas cuatro, en el presente artículo sólo nos referiremos a las dos primeras, pero especialmente a la fase ceretana, correspondiente al momento de construcción y evolución del *oppidum*.

De la fase de finales del Bronce Final o inicios del Primer Hierro contamos con algunas pequeñas fosas que nos han proporcionado cerámica con decoración mailhaciense y un reducido número de cerámicas residuales —localizadas en estratos más tardíos— que presentan trazos característicos del típico *décor cerdan*. La datación de ^{14}C de una pequeña fosa proporcionó una cronología de 796-416 cal BC (UBAR 1235 UE 705). La escasez de restos sólo nos permite

constatar una ocupación doméstica en el lugar y proponer una continuidad de ocupación hasta el período ibérico posterior.

El *oppidum* propiamente dicho se construyó durante la primera mitad de siglo IV a. n. e., con una extensión de 0,6 ha, y ya desde el primer momento fue concebido de manera planificada: muralla en barrera, foso defensivo delantero y urbanismo interno radial y de cierta complejidad. Sin grandes modificaciones, esta estructura poblacional se mantuvo inalterable hasta el tercer cuarto del siglo II a. n. e., momento en el que se observa la reestructuración general de la mayor parte de construcciones, un fenómeno ya vinculado a la presencia romana (Morera *et alii* 2016). Hasta el momento se han identificado 15 unidades domésticas, todas ubicadas en el perímetro del asentamiento y dispuestas en batería, mientras que en el centro por el momento sólo se han localizado silos. Siguiendo su progresión, en función de la topografía, podríamos pensar en la existencia de un total de 40 unidades domésticas, lo que nos daría una población de entre 160 y 200 habitantes, similar a los cálculos demográficos propuestos para *oppida* de dimensiones similares (Sanmartí y Santacana 2005: 70). En relación a otros modelos de poblamiento ibérico del nordeste peninsular, donde existe una clara jerarquización entre los diversos *oppida*, estaríamos ante un yacimiento de segundo o tercer nivel, pero en el caso

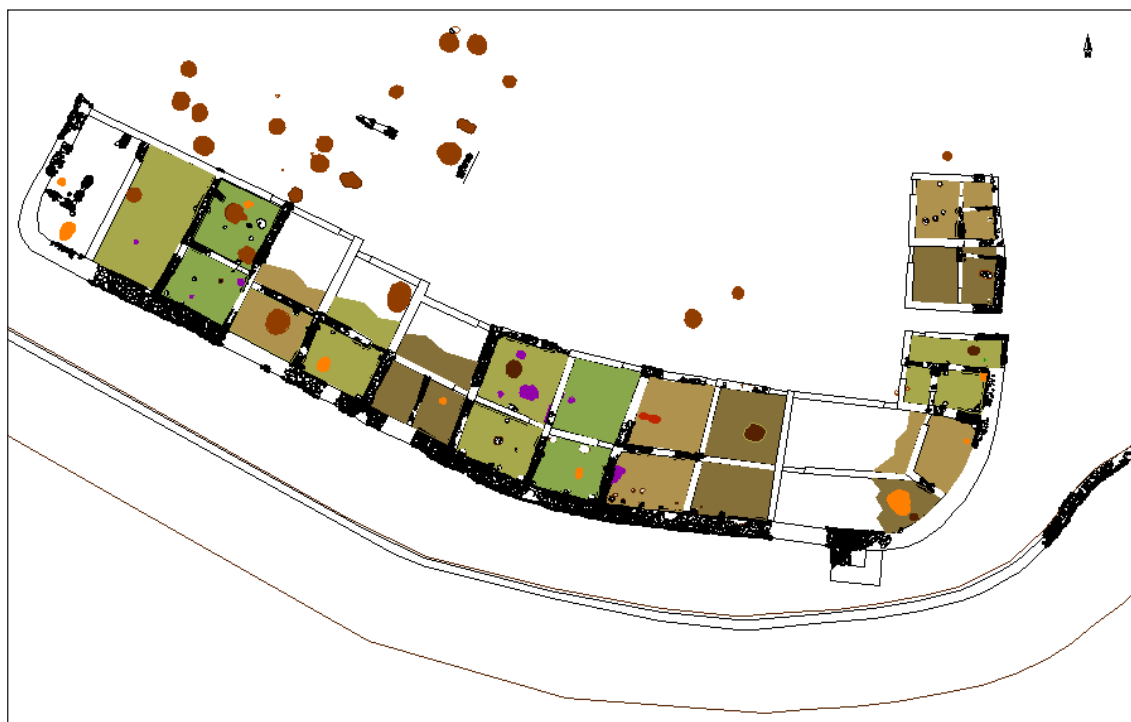


Figura 3. Planta del Castellot de Bolvir. Fase Ceretana.

ceretano, a día de hoy, es el centro de más entidad documentado. Más adelante retomaremos esta cuestión (Fig. 3).

4.1.1. *El sistema defensivo*

El Castellot presenta una fortificación de tipo “barrera”. La muralla protege el sector meridional, el único punto accesible dadas las pendientes abruptas en los otros costados. Se erigió recortando transversalmente el altiplano, creando un talud artificial de aproximadamente 2 m que realizaba su capacidad defensiva. Consiste en una estructura de entre 1,6 y 1,7 m de anchura, de la que se conserva un alzado máximo de 1 m.⁵ Está realizada con una doble hilera de grandes piedras calcáreas, por encima de las cuales se disponían otras más pequeñas, unidas con una argamasa de arcilla. El núcleo está relleno con

⁵ De todos modos, pensamos que la muralla tendría un mínimo de entre 4 y 5 m de altura, ya que éstas son las dimensiones que se proponen en otros yacimientos del nordeste peninsular con murallas de características parejas. Sin ánimo de exhaustividad podríamos citar los casos de El Oral (Abad y Sala 2001: 136), el Puntal dels Llops (Bonet y Mata 2002), Sant Jaume-Mas d'en Serrà de Alcanar (García *et alii* 2005), la Ciudadela de Calafell (Abad y Sala 2001) o el Turó de Montgròs de El Brull (López y Fierro 2011).

piedras de todos los tamaños y tierra. Presenta un trazado unitario y algo arqueado en la parte frontal del asentamiento de unos 80 m de longitud, prolongándose en sus partes laterales con una longitud que no excedería los 20 m. Es posible que la estructura de cierre se complementara con una torre en la parte exterior, de las mismas características que la muralla, aunque sólo está parcialmente conservada. Se ubica en la zona de levante, muy probablemente defendiendo la entrada del poblado, que consistía en una puerta lateral ubicada unos 15 m más allá de la torre. Esta puerta de acceso al *oppidum* coincidía con el final de la prolongación lateral de la muralla y consistía en un paso de 2,1 m de anchura entre el cierre y la primera casa. Esta anchura está dentro de los cánones del mundo ibérico: existen algunos accesos un poco más reducidos, como el de Mas Castellar de Pontós, de 1,4-1,5 m (Pons 2005: 383), pero también otros de más anchos, como la puerta del yacimiento de Ca n'Olivé, que en la fase del siglo III a. n. e. mide 3 m (Francès y Guàrdia 2011: 168), por poner sólo algunos ejemplos (Fig. 4).

Finalmente, el sistema defensivo se completa con un foso delantero, rodeando al yacimiento por la parte frontal. Presenta una anchura de unos 8-10 m con un perfil en “V” que finalizaría a una profundidad mínima de 2 m. Se conserva una escarpa en la parte



Figura 4. La muralla del Castellot en el momento de su excavación.

interna que tenía una función de contención de tierras. Desconocemos por donde superarían el paso los transeúntes, pero pensamos que pudo ser por un punto cercano a la torre. Efectivamente, pocos metros antes de esta estructura, y fuera muralla, hay una base de columna que pensamos pudo marcar el puente o pasarela de acceso al sitio. Se trata de una base de unos 50 cm de diámetro encastada en el terreno y que puede ser el basamento de algún elemento ornamental o monumental, tipo estela, como sucede en otros casos (Arcelin y Plana-Mallart 2011: 52-53).

Nos hallamos, pues, ante una implementación elemental pero efectiva de los conceptos poliorcéticos básicos de los *oppida* en barrera del mundo ibérico, con paralelos en numerosos asentamientos de la zona catalana y rosellonesa. La finalidad de la fortificación sería eminentemente defensiva, aunque no debe olvidarse el carácter simbólico y de prestigio que pudiera representar (Berrocal 2004), especialmente en un territorio donde no parece que hubieran existido sistemas similares en cronologías más antiguas. El Castellot se habría dotado de unas defensas que lo harían ciertamente inexpugnable en relación con la mayoría de enclaves ceretanos conocidos, lo que podría dar sentido a la referencia a los *Tyrinthia castra* ceretanos de Silio Itálico. A diferencia de lo considerado por otros autores (Mayer 1984: 198),

que lógicamente desconocían la existencia de *oppida* en aquel momento, el notable sistema defensivo del Castellot de Bolvir permite reinterpretar este texto y pensar que la referencia a las “fortificaciones Tirintias” o de “tipo Tirinto” está aludiendo a una serie de asentamientos con buenas defensas y sistemas poliorcéticos de cierta complejidad, que ya estaban implantados en el territorio de los *Cerretanii* durante la epopeya de Aníbal.⁶

4.1.2. Los ámbitos domésticos

De las 15 unidades domésticas documentadas, diez se sitúan en el barrio meridional (Ámbitos I a X) y cinco en el de levante (Ámbitos XI a XV), pero por problemas de conservación solo conocemos las medidas completas de cuatro de ellas. Todas se encuentran adosadas y dispuestas perimetralmente siguiendo la muralla, compartiendo las paredes medianeras y están compuestas por dos estancias concatenadas. Más allá de una aparente uniformidad, se observa en ellas algunas diferencias morfológicas. La primera se corresponde con las dimensiones totales. Así, las casas de mediodía tienen una superficie de 65-75 m², mientras que las de levante de sólo 35-45 m². Otra distinción podría ser la distribución interna. Cuatro de las casas presentan una tercera habitación, resultante de la compartimentación con un tabique de la sala principal. Podría ser que estas diferencias respondiesen a motivos sociales, a partir de una cierta distinción entre los habitantes del *oppidum*, pero nosotros no lo advertimos en la cultura material. También la especialización productiva de algunos espacios podría explicar este fenómeno.

Es también interesante analizar las medidas y correlaciones que existen entre las unidades domésticas, a pesar de que no de todas conocemos sus dimensiones reales. Así, en siete de las ocho salas principales donde conocemos las medidas exactas, la relación anchura-longitud es muy cercana a la relación 1:1'4, o sea, a una proporción de 1:√2 (esta relación equivale a la longitud de la hipotenusa de un triángulo rectángulo e isósceles, los catetos del cual tienen una longitud igual a la unidad). Recientemente se han realizado estudios sobre la métrica y los patrones constructivos en el mundo ibérico y se han identificado unos patrones que se repiten en diferentes zonas, con la aplicación de sistemas geométricos basados en la correlación

⁶ Pausanias (*Descripción de Grecia*, 2, 25, 8) recoge esta imagen de las murallas tirintias como obra ciclópea e inexpugnable. En la misma línea se encuentran Estrabón (8, 6, 11) y Plinio (*NH*, 7, 56).

1:√2 en la arquitectura de los *oppida*, plenamente documentada en los siglos IV-III a. n. e. Parece que es a partir del siglo V a. n. e. cuando se generaliza esta métrica (Olmos 2009: 65-66).

Un primer elemento a destacar de los ámbitos domésticos sería el patio delantero. Consiste en un espacio de tendencia cuadrangular, de entre 30 y 42 m² de superficie en las casas grandes y unos 15 m² en las más pequeñas. Se trataría de un patio al aire libre o semiporticado, que antecede a la vivienda, y de carácter polifuncional. En él se desarrollarían labores de almacenaje (en cinco casos se han hallado uno o más silos en el interior de este patio delantero), pero también de cocina, productivos e incluso de estabulación de animales. Efectivamente, aunque la estabulación animal en época antigua continúa siendo un fenómeno difícil de demostrar, ya que no se conocen construcciones que puedan interpretarse para este fin, creemos firmemente que algunos de los patios delanteros del Castellot pueden relacionarse con esta función. Un indicio interesante en este sentido sería la recuperación de restos de suidos neonatos y en edad fetal en alguno de estos espacios, lo que indicaría que la reproducción y cría del cerdo se realizaría en el propio yacimiento.⁷ Además, como hemos visto, las fuentes antiguas nos indican que la ganadería porcina era una de las actividades más importantes de las comunidades ceretanas y las difíciles condiciones meteorológicas invernales de la zona obligarían a alternar rediles con pequeños corrales de este tipo.

Un segundo espacio, la sala principal, se ubica en la parte posterior de la unidad doméstica y presenta casi siempre una planta rectangular (de unos 27-32 m² de superficie para las más grandes y unos 20 m² para las más pequeñas). Las paredes, del mismo modo que las del patio, estaban hechas a partir de un zócalo de bloques de piedra ligados con arcilla y un posterior realzado en adobe. Presentan un grosor de entre 70 y 80 cm, excepto los tabiques de compartimentación, de tan sólo 45 cm. Sobre el suelo de tierra pisada se documenta el hogar, de forma lenticular y construido sobre un lecho de pequeños guijarros, sin una ubicación específica. También en el interior de la sala se localizan una serie de grandes bloques de piedra o agujeros con una losa en el interior, ubicados en los ángulos o en puntos equidistantes, siempre al lado de las paredes, mostrando una distribución regular y

simétrica.⁸ Creemos que se trata de la cimentación de los soportes de madera que estarían relacionados con la sustentación de la cubierta, del atillo o de algún mobiliario tipo estantería que pudiera haber. Aparte de la función de estabilidad estructural, los bloques también posibilitarían que el soporte de madera estuviera aislado de las humedades.

Aunque ya hemos dicho que la mayoría de unidades domésticas son bastante homogéneas, especialmente por lo que hace referencia al registro material, también es cierto que en algún caso se detectan pequeñas diferencias que permiten plantear la existencia de unidades de producción especializada. En ellas, si bien se mantendrían las funciones domésticas, existirían algunas especificidades productivas y funcionales singulares. El primer caso es el Ámbito XII. La sala principal de esta casa posee dos grandes hogares centrales de planta circular, construidos sobre una plataforma sobreelevada de arcilla endurecida, con un diámetro cercano a los 2 m, ocupando buena parte de la superficie de la habitación. Consideramos que estos hogares sobrepasarían las necesidades de un estricto espacio doméstico unifamiliar, y podrían vincularse más a usos colectivos, tal vez como lugar de realización de banquetes comunales, actos rituales o quizás actividades de un grupo gentilicio más amplio. Así se han interpretado también los grandes hogares localizados en otros yacimientos, como Burriac (Aranegui 2012), el Castellot de Banyoles (Asensio *et alii* 2011), Monteró, aunque sea de cronología ya republicana (Principal *et alii* 2015), o el más lejano ejemplo de Lattes (Py 2009).

Otra estancia con un registro particular es el Ámbito IV. Efectivamente, en su habitación principal se recogieron un total de 52 fragmentos de *pondera*. Es fácil suponer la presencia de un telar en su interior o, lo que es lo mismo, una producción especializada en la actividad textil. Una tercera estancia con especialización productiva pudo ser el Ámbito IX. Allí se encontraron dos pequeños hornos, uno en cada habitación, con restos de escoria de hierro y cenizas en su interior. El hecho de no encontrar estructuras fosas similares en otras partes del yacimiento, nos lleva a pensar en una producción especializada en este sector, seguramente encaminada a actividades metalúrgicas. También se han encontrado restos inconexos vinculados a la producción metalúrgica debajo

⁷ Algunos autores han argumentado que tal vez los animales estarían en semilibertad o incluso fuera de los asentamientos (Sanmartí y Santacana 2005: 152-153). El hallazgo de restos de animales neonatos en otros yacimientos del territorio catalán y del Sureste francés han sido interpretados en esta misma línea (Colominas y Saña, 2014).

⁸ Se localizan tres bloques (o agujero con losa interna) en cada una de las paredes, excepto en el muro lateral donde hay la puerta, en que sólo hay dos. Estas soluciones también se encuentran en otros yacimientos ibéricos catalanes, como l'Esquerda (Ollich y De Rocafiguera 2001: 120), siendo interpretados como una manera de evitar las humedades de los soportes.

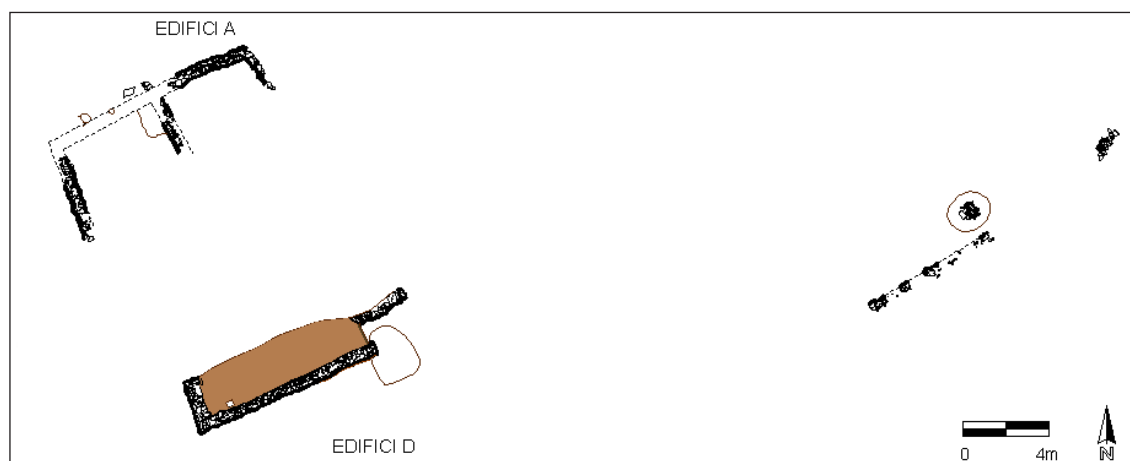


Figura 5. Planta del Tossal de Baltarga. Fase Ceretana.

del Edificio IV, de época romana republicana. Un análisis radiocarbónico de las cenizas de una cubeta nos dio una datación con una horquilla de 400-209 cal a. n. e., confirmando la cronología de la fase ceretana para su colmatación. De todos modos, nos es del todo imposible describir la ocupación de los espacios y los procesos que se desarrollaban, más allá de las evidencias férricas, dado el grado de arrasamiento que han sufrido dichas estructuras.

Finalmente, queremos referirnos al Ámbito XIII. Se trata de la casa ubicada justo al lado de la entrada del poblado y presenta tres habitaciones. En la estancia más cercana a la puerta del *oppidum*, localizamos un pequeño depósito de objetos situado debajo del pavimento (3 pequeños vasos bicónicos con un asa lateral y un crisol cerámico), *in situ* y sin fragmentación alguna, que pensamos que se corresponderían con algún tipo de ofrenda o rito fundacional (Belarte y De Chazelles 2011: 176 y 268). En este caso, por el hecho de haberse encontrado justo al lado de la puerta, es posible pensar en una liturgia de tipo comunitario —a través de la deposición ritual de los utensilios— que podría relacionarse con la sacralización de la entrada del poblado.

4.2. EL TOSSAL DE BALTARGA (BELLVER DE CERDANYA)

Nuestro equipo de investigación ha realizado seis campañas de excavación en este yacimiento desde el año 2011 (Oller y Morera 2014-2016; Oller *et alii* 2015). En general, las estructuras presentan un notable estado de arrasamiento y una escasa potencia estratigráfica, debido a la erosión del lugar, lo que dificulta a veces la interpretación de los edificios. El

yacimiento se localiza en la parte alta de una colina que cierra estratégicamente el valle, lo que le permite controlar, por la vertiente sur, la ruta de acceso a la Cerdanya y, por la vertiente norte, el río Segre, una de las principales vías de comunicación de esta área en época antigua. Tras las primeras campañas de excavación podemos determinar la existencia de un asentamiento de reducidas dimensiones, con una clara función de control territorial y vigía, con tres fases cronológicas. La primera, del Bronce Final – Primer Hierro, es mal conocida y sólo identificada a partir de escasos materiales recuperados en los niveles tardíos, con características propias del *décor cerdan*. Una segunda, situada en el período propiamente ibero-ceretano (siglos IV–III a. n. e.), donde ya contamos con evidencias de control territorial. Finalmente, una tercera, romano-republicana, que abarcaría los siglos II y I a. n. e. En esta última fase se construyeron algunos elementos de fortificación que permiten, por un lado, ahondar en su carácter estratégico territorial y, por otro, proponer una funcionalidad de tipo *turris*⁹ (Fig. 5).

Poco podemos decir de la primera fase, asociada al Bronce Final y Primer Hierro. Del mismo modo que sucede en el Castellot, los datos son exiguos y difíciles de contrastar, con la presencia de materiales de clara tradición arcaizante que sólo permiten documentar una primera ocupación que tendría continuidad

⁹ Para la definición de *turris* y ejemplos en la zona del nordeste se puede consultar a Noguera *et alii* 2014: 33 o Moret 2010: 11 y ss. En el caso de Baltarga, la función de *turris* es clara para la fase romana (con la construcción de un potente edificio aislado de este momento), no tanto para la ibérica, aunque tanto la ubicación estratégica del yacimiento, como la inexistencia de un muro perimetral, nos llevan en esta dirección.

en el periodo posterior. La situación es distinta para la segunda fase, la ibero-ceretana. De este momento contamos con un conjunto de estructuras —dispersas y en parte inconexas dada la mala conservación de los restos— que definen diversos edificios agrupados en una zona poco extensa, sin evidenciarse un verdadero urbanismo ni muralla perimetral. Las paredes están hechas con zócalos de piedra local y un recercamiento de arquitectura en tapial. De todo el conjunto podemos identificar dos casas con bastante precisión. La primera, el recinto A, consiste en un edificio de dos estancias adosadas, de las cuales sólo se conserva la mitad septentrional. Cada habitación ocupa unos 20 m² de superficie y la entrada estaría situada en la parte sur. En su interior se localizó un modesto horno doméstico y algunas pequeñas fosas con cenizas y tierras quemadas. En una de ellas se recuperó un fragmento de asa de *kantharos* de cerámica ática que nos ofrecería una cronología de siglo IV a. n. e. para estas estructuras.

El segundo recinto es el llamado Edificio D, incendiado y destruido violentamente alrededor del año 200 a. n. e., cronología que viene marcada por la recuperación de una copa de la forma 26 de los talleres de Rosas y por una datación radiocarbónica que marca un abanico temporal de 230-200 BC (Beta-458585: UE 3157). Consiste en un edificio de planta rectangular (8x2 m) con dos pisos de altura, encastado en un corte vertical del terreno. La constatación de la presencia de dos plantas en este edificio se realizó gracias a la documentación estratigráfica de restos del pavimento de la primera planta caídos encima del nivel de uso de la planta baja. Igualmente, en la parte superior de la estratigrafía se identificaron diversos restos carbonizados de pequeñas vigas y enramados que corresponderían, sin duda, a la cobertura superior del edificio, hecha —como mínimo parcialmente— con materiales perecederos. La planta baja, realizada exclusivamente en piedra y arcilla, muestra un acceso por una entrada lateral, con una puerta carbonizada localizada *in situ*. Se localizaron también grandes contenedores cerámicos, concentración de trigo carbonizado (probablemente almacenado en sacos), así como los restos de un cánido que murió en el incendio, por lo que interpretamos el lugar como un espacio de almacenaje. El incendio del edificio permitió la identificación de algunos elementos del piso superior, localizado en el derrumbe que cubría el pavimento de la planta baja. Se identificaron parte de las vigas quemadas, así como elementos de arquitectura en tierra, como una compartimentación central realizada en adobe. Esta planta superior contaría con una entrada independiente. Creemos que en este piso superior se desarrollarían las funciones domésticas y de hábitat,



Figura 6. Habitación destruida a finales del s. III a. n. e., Tossal de Baltarga.

documentadas por la cerámica a mano, seis fusayolas, un *pondus* y diversos utensilios de hierro, entre los que destaca un rallador (Fig. 6).

Un tercer recinto se conserva bajo las estructuras de la fase republicana (Edificio C), con la localización de restos de muros arrasados y una cubeta con cenizas y material a mano, de difícil interpretación, pero que demuestran la extensión del asentamiento.

Finalmente, junto al edificio A se ha recuperado una moneda gala de plata, imitación de dracma ampuritana (*ACIP*, 243), de mediados de siglo III a. n. e. (Villaronga 2000, grupo 4-2-4 de imitaciones —lámina LIII—). Además, en el mismo Tossal se han recuperado por parte de aficionados un mínimo de cuatro piezas galas más y en las proximidades, en un radio no superior a tres km, ocho imitaciones de dracmas ampuritanas. Significativamente, pues, todo el numerario de la comarca para estas cronologías se concentra alrededor del yacimiento (Campo y Mercadal 2009).

A modo de síntesis, pues, consideramos el Tossal de Baltarga como un asentamiento de reducidas dimensiones, con una clara función de control territorial, en el que probablemente se alternarían espacios de hábitat con otros más acorde con una función de vigía (tipo torre), destinado al dominio visual de los accesos al llano de la Cerdanya. Su cercanía al Castellot, así como su intervisibilidad, nos permiten considerarlo un punto de control territorial dependiente de este *oppidum*.

4.3. ALGUNAS PRECISIONES CRONOLÓGICAS

Para establecer el marco cronológico del periodo ceretano en ambos yacimientos hemos contado con diferentes elementos de análisis: las relaciones físicas

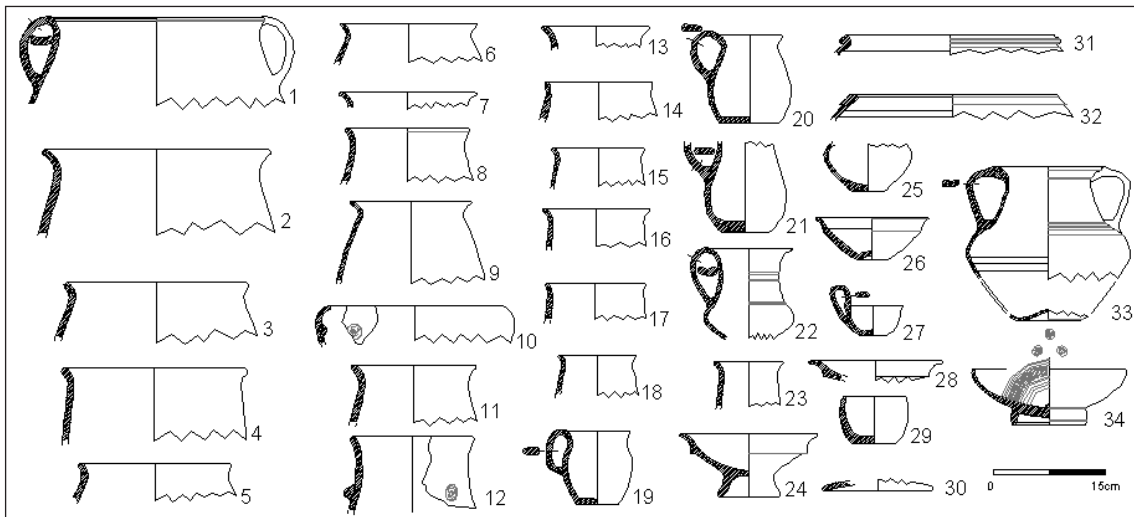


Figura 7. Conjunto de material cerámico procedente del Edificio D, Baltarga (finales de s. III a. n. e.). Nos 1-29: cerámica a mano; nos 30-32: cerámica a torno oxidada; nº 33: forma 26, Taller de Rosas.

y estratigráficas, las dataciones radiocarbónicas y los materiales arqueológicos. Es evidente que el primero de ellos sólo establece unas relaciones temporales relativas, pero que no son suficientes para precisar los límites cronológicos. Por lo que hace referencia a los estudios de ^{14}C , tenemos cuatro dataciones del Castellot de Bolvir que son claramente de este periodo. La primera se hizo en la rasa de cimentación de la muralla ibérica, proporcionando una horquilla bastante precisa entre el 398 y el 353 cal a. n. e. (KIA-39430 BEC 08 UE 220). Otra, ya lo hemos dicho, se obtuvo de una cubeta rellena de escorias de hierro, con una cronología entre el 400 y el 209 cal a. n. e. (UBAR 1234 UE 768). La tercera se hizo en unos estratos de derrumbe y cenizas, proporcionando un abanico entre el 515 y el 210 cal a. n. e. (un 76% entre 515-351 cal a. n. e.; UBAR 1236 UE 693). Finalmente, una última datación —ya mencionada— se consiguió de un carbón relacionado con los soportes pétreos de una habitación (UBAR 1235 UE 705). Sorprendentemente, la cronología que se obtuvo fue de 796-416 cal a. n. e. Si dejamos de lado esta última datación, que podemos vincular a la fase del Bronce Final – Hierro, constatamos como las otras tres tienen su marco temporal centrado en los siglos IV-III a. n. e. Para nosotros la más significativa es la primera, relacionada con la construcción de la muralla, puesto que ofrece una datación más precisa para la construcción del *oppidum*, en este caso de la primera mitad de siglo IV a. n. e. Para el caso de Baltarga, ya hemos mencionado una reciente datación de ^{14}C del nivel de destrucción de la fase ceretana, cercana al 200 a. n. e.

Por lo que respecta a los materiales arqueológicos, hemos recuperado de los yacimientos algunas cerámicas importadas propias de los siglos IV y III a. n. e., que permiten datar las ocupaciones ceretanas en estas centurias, confirmando los datos radiocarbónicos.¹⁰ En cuanto a los materiales a mano, registrados en una proporción de más del 96% en los estratos ceretanos, cabe destacar que desaparecen todas aquellas características que permitían definir lo que se denominaba como *décor cerdan*, produciéndose una muy marcada simplificación de la decoración (De León *et alii* 2017). El bajo porcentaje de cerámicas ibéricas a torno documentado en esta fase nos induce a pensar que éstas llegarían a través del comercio, siendo importadas de otros territorios cercanos (Fig. 7). En este momento las decoraciones se reducen a dos motivos muy básicos. El primero es el de un solo cordón horizontal aplicado en la parte superior del cuerpo, con incisiones lineales o impresiones. El segundo consiste en una cenefa incisa, a base de pequeños trazos verticales o en zig-zag, que voltean también la parte inferior del cuello. Esta sencillez en

¹⁰ De todos modos, tenemos que reconocer que los materiales de importación son más bien escasos. Su rarefacción es tal que sólo contamos con un fragmento de cerámica ática de principios del siglo IV a. n. e., un fragmento del Taller de las pequeñas estampillas, 5 fragmentos del Taller de Rosas, y un fragmento de cerámica ibérica estampillada propia de los siglos V-III a. n. e. De hecho, los porcentajes de cerámica a mano en los estratos anteriores al año 200 a. n. e. no son inferiores al 96% (De León *et alii* 2017) y no será hasta este momento, alrededor del año 200 a. n. e., cuando tengamos ya un mayor número de importaciones, como atestiguan el casi un centenar de fragmentos de Campaniense A.

las decoraciones cerámicas, junto a la presencia de las importaciones ibéricas y mediterráneas, permite caracterizar el periodo, diferenciándolo claramente de las facies del Primer Hierro.

4.4. OTROS HÁBITATS CERETANOS

Además del Castellot de Bolvir y el Tossal de Baltarga, conocemos otros asentamientos similares, ubicados en elevaciones estratégicas, con cronologías de ocupación ibero-ceretana. El caso mejor documentado es “Lo Lladre” de Llo, un asentamiento excavado desde principios de los años 70 y hasta la actualidad por el equipo de Pierre Campmajó y Christine Rendu (Université Toulouse Jean Jaurès). Ubicado en un escarpado cerro, controlando el nacimiento del Segre, presenta niveles de ocupación desde el Neolítico Medio, con una ocupación ininterrumpida desde el Bronce Medio hasta el s. I n. e. Durante la fase mejor documentada (Bronce Final – Primera Edad del Hierro), se encuentran algunas cabañas de zócalo de piedra y alzado de tapial, con hogares construidos con placas de arcilla, muy característicos. Estas cabañas, un máximo de seis, tuvieron continuidad durante los s. IV-III a. n. e., como demuestra tanto la cultura material como la datación ^{14}C de algunos restos orgánicos (Campmajó 1983). Destacan en ellas algunos materiales típicos de los s. IV-III a. n. e., como dos broches de cinturón de bronce decorados o piezas cerámicas estampilladas muy características. El porcentaje de material a mano, como es propio de los ceretanos, supera siempre el 80-90% de los conjuntos. En ninguna de estas fases se ha documentado muralla, ni tan sólo un muro perimetral de cierre, de manera que el lugar parece responder al modelo del Tossal de Baltarga y no a un verdadero *oppidum*. Los estudios de restos vegetales y faunísticos, que reproducen el modelo agropecuario ya documentado en los otros yacimientos, parecen vincular el lugar a una agricultura intensiva de las terrazas cercanas y a los tránsitos locales ganaderos, donde predominan los bóvidos.

Otro ejemplo interesante sería el del Puig del Castell de Llívía. Se trata de un asentamiento muy afectado por las construcciones de la ciudad romana de *Iulia Libica* y por el castillo medieval. Tanto en lo alto del Puig del Castell como en el posterior núcleo poblacional romano, se han recuperado abundantes lotes de materiales, incluyendo importaciones cerámicas de los siglos V a III a. n. e., que mostrarían una ocupación de estas dos zonas desde el Bronce Final hasta época romana. Conocemos en la parte baja algún tramo de muro asociado a materiales ceretanos, así como paquetes de materiales de esta cronología

por debajo de niveles romanos en diversas zonas del actual centro urbano. De época republicana se conoce un grupo de silos de los s. II-I a. n. e., y abundantes materiales, donde destaca un fragmento de cerámica campaniense con un grafito ibérico. Las grandes reformas de época augustea, con la erección de un impresionante foro (Guardia *et alii* 2015), sin duda arrasaron los niveles anteriores. Sin embargo, tanto la notable dispersión de los materiales ceretanos, como el mismo hecho de que el lugar fuera escogido como la capital ceretana por Augusto, nos llevan a proponer a Llívía como el centro territorial más importante de los ceretanos.¹¹

Un tercer yacimiento a destacar, donde hemos realizado unos primeros trabajos arqueológicos muy limitados, sería el Pi del Castellar (Fontanals de Cerdanya), ubicado en la última estribación que controla el Valle de La Molina y el acceso a la Cerdanya desde el Ripollès, es decir, el acceso hacia el río Ter y la costa ampuritana. Hemos inventariado un conjunto notable de materiales ceretanos, ibéricos y algún fragmento de ánfora itálica, pero quizás el elemento más destacable es la identificación de un muro perimetral en la parte alta del cerro, al cual parecen adosarse algunas habitaciones, así como la existencia de un pequeño foso que protege el sector más accesible del yacimiento.

Finalmente, destacaríamos también el yacimiento del Orri d'en Corbill (Enveig), un conjunto de cabañas ubicadas a 1900 m de altitud, ya cerca de la zona de pastos de verano, donde entre las estructuras neolíticas y de la Edad del Bronce, se documentó una pequeña cabaña con niveles de ocupación del s. IV-II a. n. e. (Rendu 2003). Así, la cabaña 82, de apenas 7 m², permitió documentar un hogar construido sobre una losa, datado por ^{14}C , y un pequeño lote de cerámicas a mano de tipo ceretano. La cabaña estaba asociada a un abrigo cercano, el nº 83, de apenas 2 m², que correspondería a un minúsculo espacio de refugio. Ambas estructuras deben entenderse como ocupaciones temporales, vinculadas a la ganadería trashumante, que podemos relacionar con algunas estructuras circulares de tierra pisada de los s. VII y II a. n. e. documentadas en áreas cercanas, como en

¹¹ Creemos incluso que podría corresponder al núcleo de los *Libenses* citados en el Bronce de Ascoli (*CIL* I, 709), lo que reforzaría su papel central entre los ceretanos ya a principios del s. I a. n. e. (Olesti 2014; Morera *et alii* 2016: 157). La reciente localización en Ocejá, a 4 km de Llívía, de una inscripción rupestre donde aparecen los *quattorviri* del municipio latino de *Iulia Libica*, todos ellos con antropónimo ibérico (excepto uno ya latinizado) y filiación indígena, pone de manifiesto el proceso de integración de esta comunidad ceretana, y su papel capitalino (Ferrer *et alii* e. p.).

el Goleró (Alt Urgell), también por encima de los 2.000 m de altitud (Ejarque 2013; Palet *et alii* 2010).

Completa nuestro conocimiento de las pautas territoriales ceretanas un conjunto de 20 yacimientos, aunque sólo documentados a partir de los materiales recuperados en superficie, con todo lo que ello supone de déficit en su interpretación funcional y cronológica. Así, en el llano cerdano, pero en pequeñas elevaciones, encontramos 15 posibles yacimientos más; en la media montaña 3 lugares de ocupación y, finalmente, 2 de las cuevas de la comarca continúan ocupadas en este momento. Estos datos parecen confirmar que a lo largo de los siglos IV-III a. n. e., el poblamiento ceretano se focalizaba en el llano, abandonando la media montaña y concentrándose en estructuras de hábitat tipo *oppidum* a los que se asociaban pequeños núcleos de función más especializada. Teniendo en cuenta que para este periodo parece que el hábitat se ha desplazado ya claramente a zonas al aire libre, es posible que los asentamientos en cueva pudieran tener una función sacra o ritual, de tal modo que podríamos estar ante ocupaciones de tipo santuario como ocurre en otras áreas ibéricas.

4.5. EL CORPUS DE GRABADOS IBÉRICOS RUPESTRES

Otro elemento fundamental para valorar la filiación ibérica de las poblaciones de la Cerdanya es su amplio uso de la escritura ibérica. Paradójicamente, se trata del territorio peninsular con más inscripciones rupestres ibéricas documentadas, con 37 rocas/conjuntos, 145 textos y un total de 1475 signos, muy lejos de los 10 conjuntos de grabados rupestres conocidos en el resto de territorios ibéricos (Ferrer 2015b). Esta gran abundancia de grabados rupestres contrasta con los escasos cuatro grafitos ibéricos conservados sobre cerámica, lo que en parte puede explicarse por el trabajo de documentación pionero y ambicioso de Pierre Campmajó (2012) sobre los afloramientos rocosos de la comarca, sin paralelo en otras regiones (Fig. 8).



Figura 8. Grabado rupestre ibérico con el antropónimo "ařamtařsu". Bolvir de Cerdanya (J. Ferrer).

En su mayor parte las inscripciones se han conservado tan sólo sobre afloramientos de esquistos, ubicados principalmente a media pendiente, en cotas cercanas al llano, en lugares no especialmente estratégicos o significativos. Son difíciles de localizar, apenas visibles, lo que junto al tamaño reducido de los signos (en general, unos 2 cm de altura) no permite atribuirles una función de señalización, aunque sin duda su acumulación en rocas específicas les pudo otorgar un carácter de marcaje del espacio, posiblemente de carácter votivo y simbólico.

El estudio de este *corpus*, aún en curso, ha permitido a Joan Ferrer (UB) identificar un número significativo de antropónimos ibéricos, lo que permite relacionar la escritura con individuos de efectiva filiación ibérica ubicados en la comarca (Ferrer 2015b): *belřtař*, *toloko*, *belřko*, *kebelkuř* y *erřkunbas* (Err), *suisebeleř* (Guils), *egeřřor* (Oceja) y *ařamtař* (Bolvir). Se conoce también un antropónimo *Begeber* (con dos menciones en la Roca 2, zona 2, Osseja), que podría relacionarse con el etnónimo *Begensis* del epıgrafe de *Ausculum* (CIL I, 709). También se han identificado recientemente cuatro abecedarios, tres duales (Ger, La Tor de Querol y Bolvir, éste último retrógrado) y uno no dual (La Tor de Querol), lo que de nuevo parece demostrar el carácter votivo de buena parte de estas inscripciones (Ferrer 2015a). Otros indicios parecen corroborar esta función: en Ger se ha identificado la fórmula *neitiniunřtir*, una expresión característica de la lengua ibérica conocida en otras seis inscripciones y que la mayoría de los investigadores interpretan como una forma de salutación o propiciatoria, posiblemente dedicada a un teónimo *Neintin*, o quizás un apelativo o cargo (Ferrer 2015b). Además, en otros casos de conjuntos rupestres ibéricos (como Cogul o Badalona) la presencia de grafitos latinos confirma su carácter votivo, al explicitarse el voto.

Es destacable también de este conjunto la existencia de textos en signario dual (más de la mitad de los ejemplos) y otros en signario no dual (algo inferior), lo que nos indica una cronología de s. IV-III a. n. e. para el primer grupo y de II-I a. n. e. para el segundo. Ello indica que la llegada de la escritura ibérica al lugar se remonta al periodo ibérico pleno, coincidiendo plenamente con nuestros nuevos datos arqueológicos, a diferencia de hipótesis anteriores, que asociaban esta llegada a la presencia romana. Por la similitud en algunos signos, parece que este contacto se realizarıa con el área del Empordà/Roselló, lo que coincide también con la cultura material ceretana, mucho más vinculada a estas producciones costeras, que no a las ilergetas o del interior catalán.

La escritura ibérica ceretana presenta también algunas características propias, como su plasmación

mayoritaria sobre roca y el uso de algunas fórmulas repetitivas no documentadas en ningún otro territorio (Ferrer 2015b), lo que descarta también un origen foráneo y confirma su uso por parte de una población genuina local. Además, la presencia de grabados ibéricos en rocas que presentaban grabados lineales o naviformes más antiguos o de grafitos latinos de época romana, muestran una tradición votiva de larga duración, propia de las comunidades de este territorio. En otras palabras, difícilmente estos grafitos ibéricos pueden explicarse por la llegada a la Cerdanya de poblaciones ibéricas de otro origen (o itinerantes, como se había propuesto) y deben entenderse como población local, que adoptó ya en los s. IV-III a. n. e. este hábito epigráfico.

Finalmente, dos grabados presentan una interesante problemática. En el primer caso se trata de los términos aparecidos en la Roca 10 (zona 4, Osseja), *teleúsga* y *teleús*, originados en un elemento *teleús* desconocido en ibérico (Campmajó y Ferrer 2010b: 53). Algunos autores han propuesto un lejano origen griego, pero para nosotros podría no ser tan lejano si tenemos en cuenta que *telos* es el término griego para referirse a derechos de paso y es justamente el término que utiliza Plutarco (*Sert.* 5) al referirse al pago de derechos de paso que efectuó Sertorio a los indígenas al cruzar los Pirineos en el 83 a. n. e. Es interesante, en este sentido, que la forma *teleus+ga* es similar a la que en otros documentos precede a un numeral (*+ga*). Esta fórmula podría reforzar nuestra hipótesis e indicar el pago de alguna cantidad específica como derecho de paso.

El segundo término es *Tanito* (Roca 6, zona 8, Osseja), vinculado al antropónimo *artiunan(er)* y que parece corresponder a un nuevo texto votivo y formular. Un segundo texto similar, *Tan++*, con idéntico formulario, aparece en la misma roca (Ferrer 2010: 54-55). *Tanito* podría identificarse con un antropónimo *Tane(k)-to*, pero por el contexto podría corresponder mejor a una divinidad e incluso a título hipotético podría relacionarse con la forma iberizada de la divinidad púnica *Tanit* (Ferrer 2015b: 17), lo que sin duda sería de gran trascendencia histórica, dada la escasez de datos sobre la influencia púnica en la zona y la contrastada participación de los ceretanos en el ejército de Aníbal, según indicaba Silio Itálico.

5. LOS CERETANOS, UN NUEVO MODELO TERRITORIAL

El proceso de concentración de población en lugares de altura, claramente un *oppidum* fortificado al menos en el caso del Castellot, parece responder

al fenómeno de génesis de un modelo territorial y político propio de la Segunda Edad del Hierro, con el surgimiento de élites diferenciadas y una mayor diversificación social. Este fenómeno de “sinecismo” no implicó un descenso demográfico, sino más bien, tal como ocurre en los procesos de territorialidad de muchos de los pueblos peninsulares en tránsito entre el Primer y el Segundo Hierro (Belarte *et alii* 2015), un significativo incremento de población, que se concentraría en sitios elevados, en el caso ceretano no siempre fortificados.¹²

De este modo, en el ámbito territorial podemos detectar, a partir de principios del s. IV a. n. e., la existencia de un modelo político bien definido (al que las fuentes definen como ceretano) vertebrado en torno a una jerarquización del poblamiento, con al menos cuatro tipologías de yacimientos. En primer lugar, los *oppida*, de los cuáles conocemos el ejemplo del Castellot de Bolvir, y el más que probable de Puig del Castell de Llívia. Uno de ellos podría ejercer un verdadero papel capitalino, como *oppidum* nuclear, y nos inclinamos a pensar que se trataría del hipotético *oppidum* de Llívia. Sin embargo, no podemos tampoco descartar que este rol lo ejerciera el Castellot, el único centro bien contrastado arqueológicamente. Evidentemente la dimensión del Castellot (0,6 ha) está muy alejada de la dimensión de otras capitales conocidas del nordeste, como las 10 ha de Ullastret y Burriac, pero su notable sistema defensivo (su aspecto “tirintio”, si seguimos a Silio Itálico), su posición central respecto la propia Cerdanya, su urbanismo planificado y la constatación de la diversidad de funciones que realiza (entre las cuáles la metalurgia del hierro, el almacenaje de cereal o sus espacios rituales) le confieren un carácter excepcional en el paisaje pirenaico del momento.

Un segundo nivel lo constituirían los establecimientos de altura ubicados en puntos estratégicos, como Llo, Baltarga o el Pi del Castellar. A pesar que no es segura la existencia de defensas perimetrales, su ubicación en elevaciones abruptas, de fácil defensa, y la constatación de edificios de carácter ortogonal (algo más que simples cabañas) parece responder a un modelo intermedio, sin un urbanismo planificado y construido solidariamente (como los *oppida*), pero más complejo que un simple establecimiento supra-familiar.

¹² El término sinecismo hace referencia aquí al fenómeno de surgimiento de un nuevo modelo territorial organizado a partir de *oppida*, y a la reducción substancial del poblamiento disperso. Tanto su cronología como su entidad difieren notablemente del proceso de sinecismo en otras áreas ibéricas o mediterráneas.

Un tercer nivel de poblamiento corresponde a los yacimientos de tipo rural, dispersos por el territorio, en cotas bajas o de media montaña. Se conocen algunos ejemplos a partir especialmente de materiales de este periodo presentes en estratos de cronología posterior, como en la Coma Peronella (con importaciones de cerámica de talleres griegos occidentales del s. IV a. n. e.) o Castellàs d'Odelló, ambas en cotas intermedias. A este grupo pertenecerían algunas ocupaciones cerca del llano o en sus primera terrazas, como la Colomina d'Alp o el Pla d'Escardars (Morera 2017: 1109).

Finalmente, un último grupo lo constituyen las ocupaciones en las cotas más elevadas, documentadas directamente en la cabaña y abrigo del Orri d'en Corbill (Enveig), aunque es posible intuir su existencia en otras zonas de pastos de verano, probablemente siempre de tipo temporal y de muy escasa entidad arquitectónica.

Más allá de los asentamientos, es significativo destacar también la documentación en los últimos años de algunos campos de cultivo, identificando suelos agrícolas y terrazas de cultivo en cotas elevadas (como en Vilalta, a 1700 m de altitud, Orri d'en Corbill y Devesa del Cavaller, entre 1700 y 1950 m), que van desde el período Neolítico y la Edad del Bronce hasta época alto-imperial romana (Martzluff *et alii* 2014; Morera 2017: 190 y ss.). Es significativo que en las tres zonas estudiadas se documenten suelos agrícolas hasta el final del período Bronce Final – Hierro y posteriormente ya en época romana alto-imperial, sin que en cambio se hayan podido datar suelos correspondientes al período ibérico-ceretano, lo que parece responder al fenómeno de reducción de la ocupación de cotas altas propia de esta fase.

Este modelo territorial ceretano superó sin duda el marco estricto de la actual comarca de la Cerdanya, ocupando valles vecinos hacia el oeste (zonas del Ripollès, Capcir, Vallespir) y también hacia el este (Alt Urgell, Andorra y zonas del Pallars). Aunque no podemos hoy por hoy precisar sus límites, es interesante destacar como en estas áreas no se han documentado, hasta el momento, establecimientos de tipo *oppidum* y los datos arqueológicos y paleo-ambientales parecen mostrar una evolución diferenciada, con una notable continuidad durante los s. IV-III a. n. e. de las estrategias ganaderas. Parece posible intuir un fenómeno de complementariedad de estas áreas respecto a un territorio central ceretano, donde el predominio de la producción agrícola y el proceso de concentración de la población en *oppida* generaron un tipo de sociedad complejo, ya de carácter urbano o proto-urbano (Morera 2017: 1164 y ss.)

5.1. ECONOMÍA CERETANA

Las transformaciones territoriales documentadas a partir de finales del siglo V o principios del siglo IV a. n. e. se plasman también en algunos cambios significativos en el plano económico. En primer lugar, pese a la reducción del número de hábitats, el proceso de concentración de población va asociado a un aumento de la actividad agrícola. Así, la localización de un conjunto de silos de almacenaje en el Castellot indica una nueva gestión del excedente agrario, que no se documentaba en fases anteriores, donde eran los recipientes cerámicos los contenedores del excedente. Creemos que estos nuevos silos, agrupados en un espacio comunitario, de una notable capacidad, son reflejo de un crecimiento productivo, posiblemente vinculado a la ampliación de los campos cultivables en el llano, así como de las mejoras técnicas que permitieron una mayor productividad. Muestra de ello serían las nuevas herramientas agrícolas de hierro o la difusión de los nuevos molinos rotatorios, más productivos que los de vaivén, documentados en gran número en el Castellot (16 unidades) de manera generalizada por todo el yacimiento. No se trata de un fenómeno puntual, puesto que en el Castellot se observa como esta producción se incrementó a lo largo del tiempo, ya que el número y la capacidad de los silos también aumentaron de forma pareja: los silos más antiguos, del siglo III a. n. e., tienen una capacidad de sólo unos 2 m³, llegando hasta los 5 m³ a mediados del siglo II a. n. e.

Los estudios carpológicos que se han realizado en el Castellot de Bolvir y Baltarga muestran que los cultivos serían herederos del Primer Hierro, con una preponderancia de cereales como el trigo, farro y cebada, aunque la presencia de avena y centeno es también significativa, productos que podrían ser utilizados para el forrajeo. Lo mismo puede suponerse de la identificación de guisantes, habas y alverja.¹³ Es posible que la cebada fuera un cultivo de primavera, mientras que el farro, la avena y el centeno, más resistentes al frío, lo fueran de invierno. Coincidiendo con estos datos, los estudios paleo-ambientales de las zonas de baja montaña, más cercanas al llano, han permitido documentar una reducción de los taxones arbóreos (haya, roble, abeto) y la documentación de polen de

¹³ En cambio, a diferencia de los niveles de la Edad del Bronce o época romana republicana, no se han documentado especies como *Trifolium*, *Medicago* o *Melilotus*, propias del forrajeo. Este trabajo ha sido realizado por la arqueocarpóloga Anna Berrocal (UAB), a quién agradecemos su colaboración. Para más información, véase: Berrocal, A. 2017: *Informe de les restes carpològiques dels jaciments del Castellot de Bolvir i el Tossal de Baltarga (Cerdanya)*, UAB, inédito.

cereal, en un fenómeno de deforestación antrópica que puede ponerse en relación con la abertura de nuevas zonas de cultivo (Rendu 2003; Gallop 2005).

Por lo que respecta a la ganadería también hay cambios sustantivos, modificando en gran medida las dinámicas de producción de los periodos anteriores (Colominas 2017). Los taxones más representados son los bóvidos, seguidos de los ovicaprinus y suidos y, en última instancia, los équidos. Estos datos contrastan con los de la mayoría de asentamientos de la zona ibérica, donde prevalecen los ovicápridos (Sanmartí y Santacana 2005: 87). La caza parece muy esporádica, con un solo resto de cérvido en el Castellot. Unos datos muy similares, con porcentajes casi idénticos, provienen del yacimiento de Llo (Campmajó 1983: 144 y ss.). El mantenimiento de cabañas de pastor vinculadas a la ganadería en cotas altas (cerca de los 2000 m) parece mostrar la continuidad de la trashumancia vertical, especialmente de vacuno y ovicáprido. Sin embargo, los estudios paleo-ambientales detectan en esta fase una reforestación altimontana, indicando una reducción de las áreas de pasto y de la capacidad para desarrollar las actividades ganaderas (Vial 2009: 68). También ahora se abandonan las terrazas de cultivo ubicadas cerca de las zonas de pasto, que antes mencionábamos. Tanto la reforestación como el abandono de estas terrazas de cultivo durante la fase ibérica parece mostrar una reducción de la presencia antrópica en estas zonas, que consideramos indicativa de una reducción del peso de la ganadería trashumante de ciclo corto, que no su desaparición.¹⁴ Además, en nuestro registro carpológico aparecen también en época ceretana —especialmente en el Castellot— especies arvenses o ruderales, como los tréboles o el raigrás (*Lolium multiflorum*), que muestran la existencia de zonas de pasto cercanas al yacimiento, lo que indica de nuevo la necesidad de contar con áreas de pasto en las que mantener una parte del ganado durante el año, y ya no sólo en la alta montaña como en fases anteriores.

Otros datos permiten reforzar esta interpretación: durante la fase ceretana los restos faunísticos de los bóvidos corresponden mayoritariamente a una edad adulta, lo que indica que de ellos se ha aprovechado su fuerza motora (básicamente para las labores agríco-

las), además de algunos productos secundarios, pero no preferentemente para la obtención de carne, como sería más lógico en un modelo trashumante. También es significativo el aumento de los suidos, fenómeno que no es exclusivo de la Cerdanya, ya que se puede percibir en muchos de los territorios ibéricos a partir del Ibérico Pleno (Colominas 2008). No parece que se trate de una especie vinculada a una explotación trashumante vertical. Es más, para esta especie en concreto, y tal como se ha documentado en el Castellot, la gestión y explotación se realizaría en el interior de los *oppida*, ya fuera en el interior de las viviendas (en los patios delanteros) o en libertad en los espacios comunales.¹⁵ Además, como ya vimos, en el caso ceretano este aumento de la explotación cárnica del cerdo tiene su correspondencia en las fuentes antiguas de época romana, por lo que suponer un origen anterior no parece descabellado. Es muy posible que en época ceretana la trashumancia de radio corto o vertical estuviera dedicada especialmente a los ovicápridos, que tuvieron un tratamiento diferenciado en el caso ceretano: las ovejas se sacrificaron mayoritariamente entre los 6-12 meses, su óptimo cárnico, y en algunos casos a partir de los 36 (más adecuada para la producción de lana), mientras que las cabras lo fueron por encima de los 24, bien superado este óptimo, lo que parece indicar un aprovechamiento de su leche. No debemos olvidar tampoco el cánido localizado en Baltarga. Estos datos coinciden bien con la trashumancia documentada en esta zona a partir de época alto medieval.

El peso de la producción agropecuaria no debe hacernos olvidar otros sectores importantes para la economía de la región. Un primer ejemplo, muy ligado a la ganadería, sería el del aprovisionamiento de la sal. El ganado consume importantes cantidades de sal (habitualmente sal mineral) y también la sal es necesaria para la producción de queso y la conservación de la carne, especialmente si, como parece, una parte se salaba en forma de *pernae* (el mismo Estrabón IV, 4, 3, hablando de los galos, menciona cómo era necesario salar los jamones para poder comercializarlos). La Cerdanya no es una zona con afloramientos salinos significativos y en época medieval su aprovisionamiento se realizaba a través de la *strada kardonensis* y la prestigiosa sal gema de Cardona. La explotación de

¹⁴ De todos modos, parece que la actividad ganadera de trashumancia vertical se trasladó a los valles vecinos de la Cerdanya, también de filiación ceretana, en los cuales se han detectado unos aumentos significativos de las actividades ganaderas, como el Valle del Madriu (Andorra) o el Alt Urgell (Palet *et alii* 2010). Da la impresión de que existe una notable complementariedad entre los territorios ceretanos, de carácter más agrícola los centrales (la Cerdanya) y más ganaderos los valles periféricos, lo que nos hablaría de un territorio político organizado más amplio.

¹⁵ Esta hipótesis ya había sido planteada por diferentes autores como modelo teórico (Mata *et alii* 2005: 143; Gardiesen 2011: 54-55) y también a partir del registro arqueológico faunístico (para Mas Castellar de Pontós: Colominas 2008: 222). Es interesante también la identificación de restos de bellota en el Castellot, que si bien pueden tener diferentes usos, pueden asociarse a la alimentación de los suidos (Berrocal 2017, inédito, citado en nota 13).

esta sal en época republicana ha sido bien demostrada recientemente (Pancorbo e. p.) y parece lógico suponer un origen muy anterior, ibérico o incluso en la Edad del Bronce. Otra posible zona de aprovisionamiento, ya en el Pallars Jussà (Gerri de la Sal), ha documentado recientemente una explotación de sus depósitos salinos en la Edad del Bronce inicial (Piera 2015) y su vinculación a la explotación ganadera parece también altamente probable. Esta área, y la más cercana del Salí de Cambrils (Alt Urgell), podrían corresponder a territorios ocupados directamente por el pueblo histórico de los ceretanos, y facilitarían sin duda la producción de productos ganaderos como las *pernae*.

Un segundo elemento sería la explotación forestal. Ya hemos destacado la deforestación que se documenta en la Cerdanya en cotas de media y baja montaña en estas fases (que coincide en cambio con una reforestación en altas cotas). En cambio, en áreas vecinas los estudios paleo-ambientales muestran una evolución diferenciada: así, en zonas como la Vall del Madriu (Andorra) hay datos de deforestación vinculada a ganadería (Palet *et alii* 2010), mientras que en Coma de Burg (Pallars) y Estany Llebreta (Vall de Bof) no hay indicios de grandes actividades de tala y deforestación. Es cierto que a partir del Ibérico Pleno, en diferentes áreas del nordeste peninsular como el Empordà (Piqué 2014: 513) o la depresión leridana (Vila 2014: 526), se documenta la presencia de la haya, el pino rojo y el abeto, árboles de ecosistema montañoso y que muy probablemente procedían de la cordillera pirenaica. En este sentido, algunos autores ya han apuntado que podría existir una industria vinculada al tratamiento de la madera para una posible exportación (Sanmartí y Santacana, 2005: 142). Puede ser significativa de nuevo la información procedente de Estrabón (Geogr, IV, 6, 2), quién refiriéndose a los ligures indica cómo hacían descender la madera hasta el emporio de Génova, intercambiándola por aceite y vinos de Italia. Aunque es evidente que el autor griego habla de una zona muy alejada de los Pirineos, también lo es que sería perfectamente asumible para el territorio cerdano un sistema similar. Aunque no tenemos ningún dato directo que relacione la tala de los bosques ceretanos con la importación de ciertos árboles en las llanuras durante la etapa prerromana, ciertamente los datos son muy sugerentes.

Debemos también señalar otros aspectos de la actividad económica, seguramente en una esfera más propia del autoconsumo. Por ejemplo, la producción textil y manufacturera. A partir de los datos del Castellot y el Tossal de Baltarga, tenemos indicios del hilado y la elaboración de tejidos. Aunque es de suponer que la mayor parte de tejidos serían realizados a partir de la lana, no se debe menospreciar la producción de

cuero, detectada indirectamente a partir del estudio de las trazas de extracción de la piel conservadas en el registro faunístico (Colominas 2017). Del mismo modo, la metalurgia del hierro se podría considerar como una actividad de ámbito local, documentada tanto en el taller del Castellot, como en indicios de explotación en Llo y en la cercana mina de la Cirera (Morera 2017: 290). Por lo que respecta a las producciones cerámicas, la ausencia de producciones a torno parece indicar que se trata de una actividad de carácter doméstico.

Finalmente, debemos mencionar las actividades comerciales. El bajo volumen de importaciones cerámicas nos indica que si bien se mantienen contactos con las poblaciones vecinas, estos son de baja intensidad. Por ejemplo, el porcentaje de cerámica ibérica a torno no llega en los s. IV-III a. n. e. al 2-3% del total, mientras que a partir de finales del siglo III a. n. e. los porcentajes en el Castellot aumentarían hasta un 15-20%, mostrando en cualquier caso que éstas no eran propias de la comarca y que su obtención se debía a intercambios comerciales con otros lugares. Además, contamos tan sólo con algunos fragmentos de cerámica ática, taller de Rosas y taller de las pequeñas estampillas, un conjunto muy inferior y sin parangón al que puede encontrarse entre otros pueblos ibéricos del interior del nordeste peninsular. Es cierto que contamos con un fragmento de brazaete de pasta vítrea de factura gala, así como una cuenta de collar también en pasta vítrea de origen mediterráneo, pero sigue tratándose de un volumen de materiales importados muy reducido.

Mención aparte merecen los datos numismáticos. Contamos con una tetradracma de *Rhode* y una dracma ampuritana de principios de s. III a. n. e. procedente de Talló (Bellver de Cerdanya), así como cinco dracmas galas de imitación recuperadas en el Tossal de Baltarga, del siglo III a. n. e.¹⁶ Estos datos parecen reflejar los contactos con el área costera del Empordà-Rosselló, por un lado, y con el área de la Galia interior, por el otro. Si a ello le añadimos los datos arqueológicos,¹⁷ que muestran muy poca rela-

¹⁶ Recientemente se ha localizado un nuevo grupo de ocho imitaciones de dracmas ampuritanas en la comarca, aún pendientes de estudio. Aparte de estas monedas, hay documentada una gran circulación monetaria de dracmas en la zona entre el istmo del río Garona y la costa mediterránea a partir de mediados de la tercera centuria (Rancoule 2005: 64), en el marco de la gran producción de emisiones de moneda de plata de los galos del Sureste (Callegarin y Hiriart 2013) y que tendrá una enorme influencia territorial en el contexto de una economía comercial de intercambio que también podría incluir el corredor ceretano.

¹⁷ Aparte de los materiales cerámicos y monetarios tenemos otros elementos culturales en la Cerdanya que claramente son de influencia gala. Uno de ellos son los hogares de placa de

ción con el área ilergeta, estaríamos definiendo las principales zonas de contacto regional, acordes con los pasos naturales. Es sorprendente la relativa abundancia de moneda de plata en el s. III a. n. e. entre los ceretanos, atípica si tenemos en cuenta tanto la baja circulación de este tipo de monedas en el mundo ibérico del nordeste peninsular, como la baja presencia de otro tipo de productos de importación en la región. Creemos que dos elementos pueden explicar esta anomalía: por un lado, el contexto inestable de finales del s. III a. n. e., tanto en el nordeste peninsular como en la Galia meridional (donde la Cerdanya es una zona clave de contacto hacia la cuenca de los ríos Aude y Ariège), al que tan frecuentemente se asocia este tipo de monedas.¹⁸ Por otro lado, la posible utilización de los ceretanos de esta privilegiada posición para cobrar derechos de paso a posibles tropas mercenarias o productos que pretendieran cruzar la región, *telos* documentados por las fuentes literarias para periodos posteriores y que podrían confirmarse en estos hallazgos (Plutarco, *Sert*, VI, 4-5).

5.2. LA SOCIEDAD CERETANA

Las transformaciones territoriales y económicas documentadas en el área ceretana responden también a la génesis de un nuevo modelo social, que podemos calificar de proto-urbano —vinculado al modelo de la *polis*—, por modesto que este fuera. Su aparición debe vincularse al surgimiento de unas élites locales, de carácter aristocrático, que si bien no tenemos directamente identificadas, podemos intuir su existencia. En primer lugar, la propia jerarquización territorial, con un centro capitalino de tipo *oppidum*, implica unos primeros signos de diferenciación social, ya que muy probablemente en el asentamiento solo habitaba una parte de la población, posiblemente designada en función de factores sociales, políticos o de representatividad (seguimos aquí a Sanmartí 2005: 716-717 y

Belarte *et alii* 2015). Para la construcción y el mantenimiento del *oppidum* se requería, no cabe duda, de un alto grado organizativo y de liderazgo. Tareas como la construcción del foso, la muralla o los espacios comunes requerían del trabajo coordinado de un gran número de personas y recursos materiales (localización y transporte de las materias primas, construcción siguiendo un modelo planificado y regular, logística y gestión de los recursos hídricos, etc.), individuos que debían encuadrarse en una organización social guiada y coordinada jerárquicamente (Belarte *et alii* 2015). En el ámbito doméstico, la unificación de dos casas adosadas a la muralla en el Castellot, dando lugar a un único edificio, en una cronología de finales del s. III a. n. e., sería el único elemento que podría indicar esta diferenciación.

Un segundo indicio indirecto sería la acumulación de un importante excedente agropecuario (constatado en el conjunto central de silos) y la incipiente especialización del trabajo, como podría ejemplificarse en el caso de la metalurgia del hierro, ubicada en un espacio diferenciado.

Otro elemento podría ser el hogar de grandes dimensiones identificado en el Castellot, de casi 2 m de diámetro. Descartada su función doméstica, podría tratarse de un espacio con finalidades rituales de tipo colectivo o gentilicio. Estas prácticas colectivas están documentadas en época ibérica y parecen vincularse a una ritualidad donde se mostrarían signos de diferenciación social o incluso a cultos de tipo gentilicio (Buxó *et alii* 2010: 83). También algunos enterramientos de objetos y deposiciones rituales, que denotarían unos cultos domésticos vinculados a fenómenos propiciatorios, supersticiosos y talismanes —con una vocación clara de proteger el hábitat doméstico y sus habitantes—, parecen en el caso del Castellot superar la esfera doméstica, ya que los depósitos se ubican muy cerca de las entradas del poblado (Roure y Pernet 2011). En este caso se podría hablar de una sacralización del acceso y de una concepción religiosa de la entrada y salida del *oppidum*. Finalmente, es interesante el reciente hallazgo, a 2030 m de altitud, en la vía que une el Ripollés y la Cerdanya, de un depósito que incluía una espada de hierro La Tène I, su vaina y dos anillos de bronce, en lo que parece una ocultación intencionada, y que podríamos vincular a manifestaciones o rituales de tipo guerrero (Morera 2017: 297).

Mención aparte merece la presencia de un importante corpus de inscripciones rupestres, en su mayor parte de carácter votivo, que puede ser puesta en relación con estos personajes o linajes diferenciados. Tal como proponen los recientes estudios sobre los grabados ceretanos (Ferrer 2010; 2015a; 2015b) es posible suponer que su eclosión esté vinculada a las

arcilla con decoración perimetral, encontrados en Llo y en el Castellot, en contextos del siglo II a. n. e., pero que son típicos en la zona sordana entre los siglos V y III a. n. e. (Roux 1990: 318). Es el caso también del ya mencionado brazalet de pasta vítrea, traslúcida y acromática, que presenta en su parte externa una profusa decoración de acanaladuras y de gotas de agua, muy frecuentes en el *midi* francés.

¹⁸ En este sentido resulta significativa la destrucción del Tossal de Baltarga a finales de s. III a. n. e., que podría estar reflejando un periodo de inestabilidad y presencia militar asociada a los acontecimientos de la Segunda Guerra Púnica, inestabilidad también reflejada en las fuentes literarias. No olvidemos tampoco la referencia de Silio Itálico al papel de los ceretanos en el ejército de Aníbal. Su presencia implicaría el pago de soldadas, quizás reflejadas en este conjunto monetario.

élites dirigentes, que autoafirmarían de esta manera, votiva y ritual, la preeminencia de sus linajes. La dimensión de este fenómeno no tiene paralelos entre otros pueblos ibéricos del nordeste peninsular, y muestra un uso de la escritura —vinculada a personajes singulares— acorde con modelos gentilicios.

Finalmente, la inusual presencia de équidos en el registro material, con porcentajes superiores al del mundo ibérico litoral, nos habla de un tipo de ganado aprovechado para la carne, pero cuyo carácter militar y de prestigio en las sociedades del hierro no puede desdenarse. Desgraciadamente, hasta el momento no tenemos indicio alguno del mundo funerario ceretano, que podría ayudar a completar estos datos.

Estos datos serían compatibles con la presencia de tropas ceretanas en el ejército de Aníbal, mencionada por Silio Itálico, y posteriormente de *equites* ceretanos como *auxilia* en el ejército romanos (como puede desprenderse de los *Libenses* presentes en el Bronce de Ascoli (*CIL* I, 709), Olesti 2014). Como bien sabemos, el reclutamiento de tropas entre las comunidades ibéricas peninsulares, como *auxilia* o mercenarios, implicaba la existencia de personajes diferenciados socialmente, con un hábito y un entrenamiento militar propia de los grupos preeminentes. Este podría ser también el caso de los ceretanos.

6. CONCLUSIONES

A partir de todo lo expuesto, consideramos que entre los siglos V y IV a. n. e. se inició en la Cerdanya un proceso de etnogénesis que daría lugar al pueblo histórico de los ceretanos, un proceso de características similares al que se desarrolló en otros pueblos ibéricos del nordeste peninsular y que se ha venido a denominar “iberización”, con todo lo matizable que pueda ser este concepto. En el caso ceretano, este proceso estuvo influenciado por la propia dinámica de algunos pueblos históricos vecinos, como berguistanos, ilergetas, sordones o incluso indiquetas, a los cuáles debemos atribuir algunas influencias en su cultura material (podríamos mencionar por ejemplo el molino rotatorio, la escritura, algunos patrones arquitectónicos, etc.). No podemos olvidar, en este sentido, que el surgimiento de modelos urbanos en estas comunidades se produjo casi dos siglos antes que en el caso de los ceretanos. No queremos decir con ello que la iberización en la Cerdanya se debiera principalmente a las aportaciones exteriores, pues se trató de un proceso interno que arrancó con el incremento demográfico y productivo de finales del Bronce Final – Hierro, lo que sin duda favoreció el aumento de la complejidad social y una mayor

permeabilidad tecnológica y cultural. Es más, la marcada ausencia de cerámica a torno local, el hábito de los grabados rupestres o las particularidades de su modelo ganadero trashumante, muestran una marcada identidad que las influencias exteriores apenas modificaron.

Ello no es contradictorio con reconocer que el surgimiento de la territorialidad ceretana, a principios del s. IV a. n. e., se produjo en un contexto histórico muy particular, donde la mayor parte de comunidades ibéricas del nordeste peninsular y del sur de la Galia sufrieron notables procesos de transformación, con la erección de murallas en centros hasta aquel momento no fortificados, reedificación de *oppida* preexistentes, construcción de *turris* y *castella*, etc. (Sanmartí y Santacana 2005: 43). En la Galia meridional, además, este fenómeno pudo coincidir con los movimientos de comunidades de origen celta, aún de problemática ubicación. Es posible identificar un periodo especialmente dinámico (y posiblemente conflictivo) en el que comunidades como los ceretanos pudieron verse incentivadas a un proceso de territorialización y fortificación hasta ese momento aletargado, motivado por el incremento de la territorialidad entre las comunidades vecinas.

De este modo, la génesis del mundo ceretano se hallaría, por un lado, en la propia evolución de la sociedad ceretana, con el surgimiento de una clase dominante (política y económica), pero también de ciertas tensiones sociales que posibilitaron la concentración de población y la creación de estructuras de defensa en lugares estratégicos. Por otro lado, la progresiva expansión y territorialización de sus vecinos pudo provocar la reacción de los ceretanos, en un ejercicio de autoafirmación, defensa y delimitación del propio territorio, estableciendo una red de asentamientos que articulara y cohesionara un valle, la Cerdanya, ya de por sí genuino y diferenciado culturalmente.

Posiblemente sea esta identidad local, y su carácter político, la que identificaron las escasas fuentes geográficas antiguas que mencionaron su existencia. Con el paso de Aníbal por la región, y la participación de los ceretanos en el conflicto, esta identidad se vio reforzada. Finalmente, el posterior control romano no haría sino profundizar en esta especificidad, dotando a los ceretanos de una entidad jurídica y política bien definida a partir de Augusto con la génesis del modelo urbano.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a Joan Ferrer, Pierre Campmajó, Christine Rendu, Delphine Bousquet, Lúdia Colomi-

nas y Anna Berrocal su colaboración en este trabajo, así como a los anónimos revisores de este artículo, cuyas precisiones creemos han permitido mejorar el resultado final. También queremos agradecer a los ayuntamientos de Bolvir y Bellver de Cerdanya su apoyo en estos años. En el caso de Bolvir esta sensibilidad patrimonial se materializó en enero de 2015 con la inauguración del “Espai Ceretania”, centro de interpretación del yacimiento, y la musealización de los restos arqueológicos.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad, L. y Sala, F. 2001: *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y la Escuela*, Madrid.
- Albizuri, S., Alonso, N. y López, F. J. 2011: “Economía i canvi social a Catalunya durant l’edat del bronze i la primera edat del ferro”, *Arqueomediterrània 12. Economia agropecuària i canvi social a partir de les restes bioarqueològiques. El primer mil·lenni aC a la Mediterrània occidental*, Calafell, 11-36.
- Aranegui, A. 2012: *Los Íberos: ayer y hoy*, Madrid.
- Arcelin, P. y Plana-Mallart, R. 2011: “L’expression monumentale des rites protohistoriques en gaule méditerranéenne et dans la partie nord-est de la Péninsule Ibérique. Stèles, bâtiments cuuels et sculptures”, R. Roure y L. Pernet (dirs.), *Des rites et des hommes. Les pratiques symboliques des Celtes, des Ibères et des Grecs en Provençs, en languedoc et en Catalogne*, Paris, 25-60.
- Artica, E. 2015: “Los cerretanos occidentales, revisión de un constructo moderno”, *Príncipe de Viana* 263, 1149-1163.
- Asensio, D., Jornet, R., Miró, M. y Sanmartí, J. 2011: “La ciutat ibèrica del Castellet de Banyoles: resultats de l’excavació del sector adjacent a les torres pentagonals (2008-2010)”, *Tribuna d’Arqueologia 2009-2010*, 243-261.
- Belarte, M. C. y De Chazelles, C. A. 2011: “Les manifestations de pratiques rituelles en contexte domestique en Ibérie et en Gaule méditerranéenne”, R. Roure y L. Pernet (dirs.), *Des rites et des hommes. Les pratiques symboliques des Celtes, des Ibères et des Grecs en Provençs, en Languedoc et en Catalogne*, Paris, 165-188.
- Belarte, M. C., Garcia, D. y Sanmartí, J. (eds.) 2015: *Arqueomediterrània, 15, Les estructures socials protohistòriques a la Gàlia i a Ibèria*, Tarragona.
- Berrocal, L. 2004: “La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península ibérica”, *Gladius* 24, 27-98. <https://doi.org/10.3989/gladius.2004.36>
- Bonet, H. y Mata, C. 2002: *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano*, Valencia.
- Bousquet, D., Campmajó, P., Brabol, D., Rancoule, G., Ruas, M. P., Bouby, L., Calastrenc, C., Llubes, M. y Parent, G. 2014: “Du Bronze Final III au Ier âge du Fer. Premiers résultats des fouilles du site de menhir à Eyne”, *XV Col·loqui Internacional de Puigcerdà*, Puigcerdà, 107-129.
- Buxó, R., Principal, J., Alonso, N., Belarte, M. C., Colominas, L., López, D., Pons, E., Rovira, M. C., Saña, M. y Valenzuela, S. 2010: “Prácticas alimentarias en la Edad del Hierro en Cataluña”, *Saguntum, Extra-9. De la cuina a la taula. IV reunió d’economia en el primer mil·lenni aC*, 81 – 96.
- Callegarin, L. y Hiriart, E. 2013: “Manifestations prémonétaires et premières monnaies en Gaule méridionale et en péninsule Ibérique”, *Les Dossiers d’Archéologie* 360, 12-19.
- Campmajó, P. 1983: *Le site protohistorique de Llo (Pyrénées Orientales)*, Perpignan.
- Campmajó, P. 2012: *Ces pierres qui nous parlent. Les gravures rupestres de Cerdagne (Pyrénées orientales), des ibères à l’èpoque Contemporaine*, Perpignan.
- Campmajó, P., Bousquet, D., Crabol, D., Martzluff, M. y Rendu, Ch. 2014: “Premiers éléments permettant de saisir la transition âge du bronze – âge du fer en Cerdagne (Pyrénées Orientales)”, *XV Col·loqui Internacional de Puigcerdà*, Puigcerdà, 131-151.
- Campmajó, P. y Ferrer, J. 2010: “Le nouveau Corpus d’Inscriptions Ibériques rupestres de la Cerdagne (1): premiers résultats”, *Paleohispanica* 10, 249-274.
- Campmajó, P. y Padró, J. 1978: “Els Ceretans”, *II Col·loqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, 189-210.
- Campo, M. y Mercadal O. 2009: “Aproximación a la circulación monetaria en la Cerdanya (siglo III a. C. – mediados siglo I d. C.)”, A. Arévalo (ed.), *Actas del XIII Congreso Nacional de Numismática “Moneda y Arqueología”*, Madrid, 353-367.
- Colominas, L. 2008: “Els animals en el conjunt de les practiques socials desenvolupades a l’establiment rural de Mas Castellar (Pontós, Girona)”, *Cypsela* 17, 219-230.
- Colominas, L. 2017: “Pràctiques ramaderes a la plana de la Cerdanya entre els segles III aC – III nE: més que pernae”, O. Olesti, J. Oller y J. Morera (eds.), *ArqueoPyrenae, L’explotació dels recursos naturals al Pirineu oriental en època antiga*, *Treballs d’Arqueologia* 21, 129-147.
- Colominas, L. y Saña, M. 2014: “Pràctiques ramaderes durant la transició del bronze final a la primera edat del Ferro a les dues vessants del

- Pirineu oriental”, *XV Col·loqui Internacional de Puigcerdà*, Puigcerdà, 559-578.
- De León, D., Morera, J., Oller, J. y Olesti, O. 2017: “Los conjuntos cerámicos de las fases de ocupación Ceretana e Ibero-Romana de El Castellot, Bolvir de Cerdanya (Girona)”, *Cypsela* 20, 2014-2016, 165-181
- Ejarque, A. 2013: *La alta montaña pirenaica: génesis y configuración holocena de un paisaje Cultural. Estudio paleo-ambiental en el Valle del Madriu-Perafita-Claror (Andorra)*, Oxford.
- Ferrer, J. 2010: “La llengua i l’escriptura ibèrica a la Cerdanya”, *Ker* 4, 50-59.
- Ferrer, J. 2015a: “L’escriptura ibèrica a la Cerdanya: els abecedaris rupestres”, *ERA. Revista Cerdana de Recerca* 1, 37-48.
- Ferrer, J. 2015b: “Le nouveau corpus d’inscriptions ibériques rupestres de la Cerdagne (2). Deuxième parution”, *Sources* 3, 7-22.
- Ferrer, J., Velaza, J. y Olesti, O., en prensa: “Nuevas inscripciones rupestres latinas de Oveja y los *III-viri* ibéricos de *Iulia Libica*”, *Dialogues d’Histoire Ancienne* 44/1.
- Francès, J. y Guàrdia, M. 2011: “Les defenses exteriors del poblament ibèric de Ca n’Oliver (Cerdanyola, Vallès Occidental)”, *Revista d’Arqueologia de Ponent* 21, 165-172.
- Gallop, D. 2005: “Les transformations de l’environnement Pyrénéenne durant L’Antiquité: l’état de la question à la lumière des données polliniques”, P. Sillières (dir.), *L’Aquitanie et l’Hispanie septentrionale à l’époque Julio-Claudienne*, Bordeaux, 317-327.
- Garcia, D., Garcia, F. y Moreno, I. 2005. “L’assentament de la primera edat del ferro de Sant Jaume-Mas d’en Serrà (Alcanar-Montsià)”, *XIII Col·loqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdà, Món Ibèric als Països Catalans I*, Puigcerdà, 117-130.
- Gardiesen, A. 2011: “Economia alimentària i límits d’una disciplina: alguns exemples arqueozoològics de l’edat del ferro al Llenguadoc”, *Arqueomediterrània 12. Economia agropecuària i canvi social a partir de les restes bioarqueològiques. El primer mil·lenni aC a la mediterrània occidental*, Calafell, 47-60.
- Guàrdia, J., Guitart, J., Carreras, C. y Olesti, O. 2015: “El forum de *Iulia Livica*”, *Era. Revista Cerdana de Recerca* 1, 97-112.
- Harchoufe, R. y Poupet, P. 2013: “Approche pédoarchéologique des espaces de production agricole à l’âge du Bronze dans les montagnes méditerranéennes (exemples des Pyrénées-Orientales et de la Haute-Corse, France)”, *Préhistoires Méditerranéennes* 4, 1-32.
- López, A. y Fierro, X. 2011: “Les darreres excavacions al Montgròs, el Brull (Osona)”, *Tribuna d’Arqueologia 2009-2010*, 215-239.
- Martzluff, M., Bousquet, D., Campmajó, P., Crabol, D., Rendu, Ch. y Belbenoit, V. 2014: “Questions sur le mode d’occupations de l’espace sur la Solana de Cerdagne, autour du Bronze Final-Ier âge du Fer”, *XV Col·loqui Internacional de Puigcerdà*, Puigcerdà, 167-185.
- Mata, C., Pérez, G. e Iborra, M. P. 2005: “Les activitats econòmiques dels pobles ibers al País Valencià”, *XIII Col·loqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdà, Món Ibèric als Països Catalans I*, Puigcerdà, 737-753.
- Mayer, M. 1984: “Cerretani, quondam Tiryntia castra. Sobre Sil. Ital. 3, 357”, *V Col·loqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, 197-199.
- Morera, J. 2017: *Territori i Poblament de Cerdanya a l’Antiguitat. La iberització i la romanització de la vall cerdana*, tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Morera, J., Olesti, O., Oller, J., Mercadal, O. y Sánchez, E. 2014: “El Castellot de Bolvir (La Cerdanya): ocupacions ceretana, iberoromana i altmedieval. Campanyes de 2012 i 2013”, *XII Jornades d’Arqueologia de les comarques de Girona*, Girona, 159-168.
- Morera, J., Olesti, O. y Oller, J. 2016: “El control del Pirineu en època ibèrica i romana republicana”, J. Pera y J. Vidal, *Fortificaciones y control del territorio en la Hispania Republicana*, Zaragoza, 137-166.
- Moret, P. 2010: “Les tours rurales et les maisons fortes de l’Hispanie romaine: éléments pour un bilan”, V. Mayoral y S. Celestino (coords.), *Los paisajes rurales de la Romanización. Arquitectura y explotación del territorio*, Mérida, 9-36.
- Noguera, J., Principal, J. y Ñaco, T. 2014: “La actividad militar y la problemática de su reflejo arqueológico: el caso del Noreste de la Citerior (218-45 aC)”, F. Cadiou y M. Navarro (ed.), *La Guerre et ses Traces. Conflits et sociétés en Hispanie à l’époque de la conquête romaine (IIIe – Ier s aC)*, Bordeaux, 31-56.
- Olesti, O. 2014: *Paisajes de la Hispania romana. La explotación de los territorios del Imperio*, Sabadell.
- Olesti, O. y Mercadal, O. 2005: “La iberització del Pirineu Oriental i la filiació ètnica dels ceretans”, *Acta Paleohispanica* 5, 295-314.
- Olesti, O. y Mercadal, O. 2017: “L’explotació dels territoris pirinencs orientals en època antiga (s. vi-1 ane.)”, O. Olesti, J. Oller, J. Morera (eds.),

- ArqueoPyrenae. L'explotació dels recursos naturals al Pirineu oriental en època antiga, Treballs d'Arqueologia* 21, 9-47.
- Oller, J. y Morera, J. 2014-2016: *Memòria de la intervenció arqueològica realitzada al Tossal de Baltarga. Campanya 2013, 2015, 2016*, Servei d'Arqueologia del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya.
- Olesti, O., Morera, J., Crespo, C. y Mercadal, O. 2011: "El Castellot de Bolvir (la Cerdanya): una fortificació ceretana als Pirineus", *Tribuna d'Arqueologia 2009-2010*, 295-330.
- Olesti, O., Oller, J. y Morera, J. (eds.) 2017: *ArqueoPyrenae. L'explotació dels recursos naturals al Pirineu oriental en època antiga, Treballs d'Arqueologia* 21, Barcelona.
- Oller, J., Olesti, O., Mercadal, O. y Morera, J. 2015: "El Tossal de Baltarga. Un nou assentament Ibero-Ceretà a la Cerdanya", *Actes de les Primeres Jornades d'Arqueologia i Paleontologia del Pirineu i Aran*, Lleida, 148-155.
- Ollich, I., y De Rocafiguera, M. 2001: "El poblament ibèric i medieval de l'Esquerda (Masies de Roda, Osona). De l'excavació a l'experimentació arqueològica", *Tribuna d'Arqueologia 2000-2001*, 115-133.
- Olmos, P. 2009: "Aproximació a la mètrica ibèrica a Catalunya (segles v-II aC)", *Revista d'Arqueologia de Ponent* 19, 51-70.
- Palet, J. M., Orengo, H., Ejarque, A., Euba, I., Miras, Y. y Riera, S. 2010: "Formas de paisaje de montaña y ocupación del territorio en los Pirineos orientales en época romana: estudios pluridisciplinares en el valle del Madriu-Perafita-Claror (Andorra) y en la Sierra del Cadí (Cataluña)", *Bollettino di Archeologia on line* 1, volumen speciale, 67-79.
- Pancorbo, A., en prensa: "Resultats de les intervencions arqueològiques al camp de futbol de Cardona (Bages)", *Tribuna d'Arqueologia 2016-2017*. Generalitat de Catalunya.
- Piera, M. 2015: "El Pla de la Guineu (Gerri de la Sal). Primeres evidències d'explotació de la sal en època del Bronze", *Actes de les Primeres Jornades d'Arqueologia i Paleontologia del Pirineu i Aran*, Lleida, 142-147.
- Piqué, R. 2014: "Paleoambient i aprofitament de recursos forestals a la transició del Bronze Final a la Primera Edat del Ferro a les comarques del NE de Catalunya", *XV Col·loqui Internacional de Puigcerdà-Congrés Nacional d'Arqueologia de Catalunya*, Puigcerdà, 501-518.
- Pons, E. 2005: "Catalunya a la transició de l'Edat del ferro: zona de pas, època de trasbalsaments humans i canvi cultural", *XIII Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Món Ibèric als Països Catalans* I, Puigcerdà, 69-86.
- Principal, J., Camañes, M. P. y Padrós, C. 2015: "Un edifici singular al castellum romanorepublicà de Monteró 1 (Camarasa, la Noguera), i l'urbanisme complex d'un post avançat del nord-est de la Citerior", *Revista d'Arqueologia de Ponent* 25, 309-325.
- Py, M. 2009: *Lattara (Lattes, Hérault). Comptoir Gaulois Méditerranéen entre Etrusques, Grecs et Romains*, París.
- Rancoule, G. 2005: "Attaches et relations méridionales aux âges du fer: les cas du couloir Aude-Garonne", *XIII Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Món Ibèric als Països Catalans* I, Puigcerdà, 61-68.
- Reindu, Ch. 2003 : *La Montagne d'Enveig : une estive pyrénéenne dans la longue durée*, Perpignan.
- Rico, Ch. 1997: *Pyrénées romaines. Essai sur un pays de frontière (IIIème siècle avant J.C – IVème siècle ap. J.C.)*, Madrid.
- Roure, R. y Pernet, L. 2011: *Des rites et des Hommes. Les pratiques symboliques des Celtes, des Ibères et des Grecs en Provence, en Languedoc et en Catalogne*, Paris.
- Roux, J. C. 1990: "Aménagements domestiques dans les îlots 1, 3 et 4-nord de Lattes (III-I ane)", *Lattara* 3, 317-328.
- Sanmartí, J. 2005: "Intercanvi, comerç i societat en el món ibèric", *XIII Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Món Ibèric als Països Catalans* I, Puigcerdà, 709-728.
- Sanmartí, J. y Santacana, J. 2005: *Els ibers del Nord*, Barcelona.
- Vial, J. 2009: *Le Pla de la creu à Bolquère (Pyrénées Orientales). Occupation et mise en culture d'un versant de moyenne montagne au cours de premier âge du fer, en Cerdagne*, memoria inédita.
- Vila, S. 2014: "Aprofitament del combustible i transformació del paisatge a la plana occidental de Catalunya (durant la primera meitat del I mil·lenni aC)", *XV Col·loqui Internacional de Puigcerdà-Congrés Nacional d'Arqueologia de Catalunya*, Puigcerdà, 519-529.
- Villaronga, L. 2000: *Les monedes de plata d'Emporion i Rhode i les seves imitacions*, Barcelona.

Recibido: 16-05-2017
 Aceptado: 13-12-2017